

En el festín de la civilización: los límites de la hegemonía de los hacendados a comienzos del siglo XX en Colombia¹

Michael F. Jiménez²

En palabras del Libertador: «Nosotros hemos tratado de arar en el mar. Aquí no hay opción sino la de emigrar... Pero hasta eso puede ser demasiado costoso».

Gabriel Ortiz Williamson

El 10. de mayo de 1914, Jesús del Corral recomendó a su auditorio de la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC) «alistarse para el combate y prepararse para asistir

al magnífico festín de la civilización»³. Esta garantía de progreso reflejaba el optimismo de las élites exportadoras aparentemente destinadas a conducir su nación andina hacia el mundo moderno. Los grandes cultivadores de café que tenían empresas en los 50.000 kilómetros cuadrados del valle del Alto Magdalena, que abarcaba los actuales departamentos de Huila, Tolima, y occidente de Cundinamarca, consti-

¹ Este ensayo se publicó originalmente bajo el título «At the Banquet of Civilization: The Limits of Planter Hegemony in Early-Twentieth Century Colombia». Tomado del libro publicado por William Roseberry, Lowell Gudmundson y Mario Samper Kutschbach, *Coffee, Society and Power in Latin America*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1995, pp. 262-293. Traducción de Hernando García Bustos.

² Michael F. Jiménez es profesor en el Departamento de Historia en la Universidad de Pittsburgh. Magister en Historia en la Universidad de California en Berkeley; obtuvo su Ph.D. y su licenciatura en Historia en la Universidad de Harvard. Fue instructor en Harvard y profesor en la Universidad de Princeton. Ha publicado escritos sobre historia económica y social de Colombia y de los Estados Unidos en revistas académicas tanto colombianas como norteamericanas. Es

autor de un libro en prensa titulado *Red Viotá: Power, Authority, and Rebellion in the Colombian Andes*.

El autor aprecia profundamente las sugerencias y comentarios críticos de quienes participaron en la conferencia sobre «Café y formación de clase en América Latina antes de 1930», especialmente Charles Bergquist, Catherine LeGrand, Joseph Love, Marco Palacios y William Roseberry. También desea agradecer a colegas y amigos en Princeton y en otras partes por su apoyo y comentarios útiles, incluyendo a Marc Chernick, Barbara Corbett, Peter Mandler, Michael Merrill, Mary Peniston, Mary Roldán y Eduardo Sáenz Rovner.

³ Jesús del Corral, «Por los siervos de la gleba», *Revista Nacional de Agricultura*, 9, edición especial, junio de 1914, p. 7.

tuían una parte integral de la oligarquía colombiana⁴. Junto con otros grupos de élite, habían sacado del desastre al país al cierre de la Guerra de los Mil Días (1899-1903). Durante varias décadas estas élites siguieron un proyecto de gobierno bipartidista, reforma administrativa y desarrollo de infraestructura. Los propietarios de las grandes plantaciones sobrevivieron a los avatares de la Primera Guerra Mundial para obtener ganancias de las crecientes exportaciones de café durante la década de 1920. Entretanto esta facción de hacendados de la clase alta colombiana se consideró a sí misma como una vanguardia modernizante, llena de esperanzas, según las palabras de su principal publicista, Gabriel Ortiz Williamson, de que «un nuevo vigor, energía, propósitos y disciplina... contribuirán a la formación del comerciante, el granjero, el profesor, y el hombre de Estado»⁵.

El apogeo de una república cafetera creada por las exportaciones en ascenso, los ferrocarriles y los pragmáticos caballeros-granjeros se convirtió en la pieza central de la historiografía nacional de comienzos del siglo XX. El periodo se ha considerado esencialmente como una extensión del régimen estatal conservador conocido como la Regeneración (1886-1902), que condujo a Colombia a través de las etapas iniciales de la modernización⁶. Las interpretaciones de [la escuela de la] dependencia reafirmaron esta visión; Tulio Halperín Donghi tipificó a Colombia como el país donde «la república oligárquica conservó toda su pureza... dominada por las alianzas y los feudos de las grandes familias bogotanas y provinciales»⁷. De modo similar, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto designaron a esta nación andina como un caso representativo de «un pacto oligárquico... [donde] a pesar de la violencia de la pugna política, una

florecente burguesía agroexportadora trataba de imponer compromisos temporales entre las facciones»⁸. Según Charles Bergquist, como resultado del conflicto en el cambio de siglo, «los intereses bipartidistas de exportación e importación» generaron exitosamente «un nuevo orden económico y político que iría a guiar a Colombia a través de más de tres décadas de estabilidad política y la expansión del sector exportador»⁹. Aunque partiendo un poco de estos enfoques estructuralistas, recientes estudios enfatizan aún la estabilidad social y política de esa época. Marco Palacios ha identificado una atmósfera de «grandes corrupciones, peculados y cohechos»¹⁰, mientras Herbert Braun ha narrado magistralmente la construcción de una cultura política «encabezada por el poder tradicional de los terratenientes»¹¹.

Pero si Colombia se volvió una república cafetera en el primer tercio del siglo XX, fue difícilmente una república de hacendados. El gobierno de la élite en este periodo estuvo marcado por disputas internas y desafiado desde abajo. En particular, los propietarios de haciendas cafeteras del valle del Alto Magdalena en la parte central de Colombia, que constituían el núcleo de los agricultores de exportación a gran escala de la nación, no podían ejercer control sobre el destino del país. Por el contrario, no tuvieron éxito en establecerse a sí mismos como la fuerza principal dentro de la oligarquía colombiana ni en crear un instrumento político coherente y perdurable de gobierno de la clase alta, independiente de los partidos políticos tradicionales. Además, su mantenimiento sobre los distritos de cultivo estuvo comúnmente limitado. Finalmente, los hacendados cafeteros se mostraron incapaces de articular, mucho menos realizar, una visión hegemónica capaz de unir las diversas facciones de la élite y cobijar a la extensa mayoría de sus conciudadanos. Al igual que los

⁴ Para conocer una descripción geográfica de la cuenca del Alto Magdalena, véase Rafael Gómez Picón, *Magdalena Río de Colombia*, 7 ed., Bogotá, 1983, parte I. El Censo cafetero de 1932 reveló que los grandes cultivadores de esta región produjeron el 76 % del café en esos departamentos, 53 % del café producido por grandes cultivadores a nivel nacional, y un quinto del total de Colombia. *Boletín de Estadística I*, febrero de 1933, pp. 119-121. Otra compilación estadística del periodo, el texto clásico de Diego Monsalve, *Colombia cafetera* (Barcelona, 1927), también ilustra la concentración de grandes productores en esta región.

⁵ «Educación física», *Revista Nacional de Agricultura*, noviembre-diciembre, 1911, p. 219.

⁶ Robert Dix, *Colombia: The Political Dimensions of Change* (New Haven, 1967), sugiere la continuidad del desarrollo político a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Salomón Kalmanowitz, *Economía y nación: una breve historia de Colombia* (Bogotá, 1986), refleja este punto de vista desde una perspectiva marxista.

⁷ Tulio Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Ciudad de México, 1970, pp. 351-352.

⁸ Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependency and Development in Latin America*, traducción de Marjory Mattingly Urquidí, Berkeley, 1979, pp. 97-98.

⁹ Charles Bergquist, *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910*, Durham, 1978, p. 224.

¹⁰ Marco Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970: una historia económica, social y política*, Ciudad de México, 1983, p. 280.

¹¹ Herbert Braun, *The Assassination of Gaitán: Public Life and Urban Violence in Colombia*, Madison, 1985, p. 21.

cultivadores de algodón después de la Guerra Civil de los EE.UU., los grandes hacendados cafeteros del Alto Magdalena no surgieron como el núcleo de terratenientes de una «clásica coalición conservadora» resueltos a lanzar a Colombia en un programa de modernización¹².

Región, economía y formación de la élite en la república cafetera

Una década y media después de la invitación de Jesús del Corral a los cultivadores de café para que ocuparan su lugar en el festín de la civilización, los distritos de cultivo en el Alto Magdalena fueron barridos por intensos conflictos sociales y políticos¹³. Trabajadores portuarios, artesanos y obreros de la construcción y de fábricas, al igual que comunalistas nativos, participaron en huelgas, invasiones de tierras, manifestaciones y levantamientos armados a través de toda la región. A finales de la década de 1920 se unieron militantes izquierdistas con radicales de la clase media y jefes militares del partido liberal en una insurrección fracasada contra el régimen conservador. Estos movimientos coincidieron con protestas de invasores, arrendatarios y peones en grandes haciendas al occidente de la capital del país. Aunque respondieron severamente a la revuelta, las autoridades intentaron también arreglar los conflictos en estos distritos cafeteros ricos y estratégicamente situados, a través de pactos colectivos y arbitraje del gobierno. En enero de 1929, J. R. Hoyos Becerra, director de la Oficina General del Trabajo, recomendó a los hacendados vender sus pertenencias y a cambio invertir en procesamiento y comercialización del grano, y en empresas industriales¹⁴.

El hecho de que un funcionario gubernamental en Latinoamérica antes de la Gran Depresión haya aconsejado a los cultivadores ceder poder económico, indica la frágil posición de los hacendados cafeteros en el bloque gobernante de la oligarquía colombiana durante las tres décadas posteriores a 1903¹⁵. Además, este desafío a un importante segmento de las élites exportadoras sugiere el desarrollo en este periodo de las limitaciones a largo plazo sobre su poder y autoridad. Durante las últimas décadas del siglo XIX, los hacendados cafeteros del Alto Magdalena, a pesar del extraordinario crecimiento de sus empresas, disfrutaron mínima influencia social y política dentro de los gobiernos de la Regeneración. Y después de 1903, no obstante sus grandes fortunas, su influencia en los principales partidos y el Estado, y su aparente supremacía cultural, estos hacendados cafeteros permanecieron definitivamente vulnerables. En efecto, durante las tres décadas anteriores a la Gran Depresión, este sector de la élite exportadora colombiana no pudo superar su histórica fragilidad económica y política y su limitada autoridad cultural¹⁶.

A primera vista, la debilidad de los cultivadores es misteriosa. Después de todo, su fortuna económica había crecido rápidamente pasada la Guerra de los Mil Días. Incluso frente a precios del café erráticos, altos costos de transporte y constantes dificultades para obtener acceso a capitales y fuerza de trabajo, las grandes haciendas del Alto Magdalena prosperaron sobre todo en las tres décadas previas a la Gran Depresión¹⁷. Las variedades de cultivos (conocidas como *Bogotá*, *Girardot* y *Tolima*) ganaron reputación

¹² Steven Hahn, «Class and State in Postemancipation Societies: Southern Planters in Comparative Perspective», *American Historical Review*, vol. 95, No. 1, febrero de 1990, pp. 75-98.

¹³ Para conocer una revisión de la agitación de finales de la década de 1920 y la de 1930, véanse Pierre Gilholdes, «Agrarian Struggles in Colombia», en Rodolfo Stavenhagen, compilador, *Agrarian Struggles and Peasant Movements in Latin America*, Garden City, New York, 1970, pp. 411-421; Miguel Urrutia, *The Development of the Colombian Labor Movement*, New Haven, 1969; y Ricardo Melgar Bao, *El movimiento obrero latinoamericano*, Madrid, 1988, pp. 271-282.

¹⁴ «El problema del trabajo entre los cafeteros». Circular No. 6002-B, enero 4, 1929, *Boletín de la Oficina General del Trabajo*, agosto de 1919, pp. 7-8.

¹⁵ La posición de los hacendados colombianos contrasta severamente con las élites exportadoras de Centro y Suramérica en los siglos XIX y XX, tal como lo analiza Anthony Winson en «The Formation of Capitalist Agriculture in Latin America and Its Relationship to Political Power and the State», *Comparative Studies in Society and History*, 25, 1983, pp. 83-104.

¹⁶ Esto sigue el argumento de Francisco Leal Buitrago con respecto a las fuentes regionales y partidistas de la diferenciación de élites a finales del siglo XIX en Colombia, pero se centra en los aspectos sectoriales de los conflictos de la clase alta en ese periodo y sus consecuencias. «Formación nacional y proyectos políticos de la clase dominante en el siglo XIX», en Leal Buitrago, *Estado y política en Colombia*, Bogotá, 1984, 2a. edición, pp. 107-150.

¹⁷ En Viotá, principal municipio cafetero de la región, los cultivos aumentaron en más de 230% entre 1907 y 1927; casi la mitad de los arbustos de café en ese distrito del suroccidente de Cundinamarca crecían en diez haciendas de más de 500 fanegadas (1 fanegada = 1.6 acres); véase Michael F. Jiménez, «Travelling Far in Grandfather's Car: The Life-Cycle of central Colombian Coffee Estates. The case of Viotá, Cundinamarca (1900-1930)», *Hispanic American Historical Review*, vol. 69, No. 2, mayo de 1989, pp. 205-206. Para conocer un retrato contemporáneo del distrito, véase el informe de los botánicos Suizos E. Fuhrmann y E. Mayor en 1910, *Voyage d'exploration Scientifique en Colombie*, vol. 5 de *Memories de la Société neuchâteloise des sciences naturelles*, Neuchâtel, 1914, cap. 9.

de excelencia en los países del Atlántico Norte, y muchas haciendas exportaban sus granos directamente con marcas especiales¹⁸. El éxito de la mayoría de empresas en este periodo provino en parte de la mayor disponibilidad de crédito y una creciente y más asentada población en los centros de cultivo. Las estrategias empresariales basadas en la diversificación de cultivos y los acuerdos de tenencia de tierras proporcionaron también un atenuante contra los sobresaltos del comercio internacional y aseguraron mano de obra disciplinada y barata. Las haciendas cafeteras servían como pilar importante para una élite agromercantil con inversiones en comercio, finanzas, bienes raíces e industrias. A la vez, estas élites también avanzaron algo hacia la institucionalización de su poder económico. Como fuerza importante detrás del *lobby* agrícola nacional (la Sociedad de Agricultores de Colombia, SAC) en 1904, promovió con éxito la creación de un ministerio de agricultura una década más tarde¹⁹. En 1927, los hacendados ayudaron a establecer la Federación Nacional de Cafeteros, una corporación semiautónoma que pronto se convertiría en el más importante guardián de los intereses del principal negocio de exportación del país²⁰. Finalmente, buenos viajeros y educados cada vez más en el extranjero, estos miembros del Jockey Club y del Gun Club, directores de sociedades filantrópicas y fundadores de escuelas de élite, se colocaron en el centro de la alta sociedad en la capital, Bogotá.

¿Por qué razón, a pesar de su riqueza, influencia política y alta condición social, los hacendados cafeteros no dominaron la oligarquía colombiana en este periodo? Primero, su posición económica en el bloque gobernante de la nación estaba bastante comprometida. Lo más importante fue que comerciantes, financieros y aun grandes cultivadores del occidente del país adquirieron gran influencia en estos años, efectivamente opacando a los hacendados²¹. Durante las décadas de 1880 y 1890, las mejoras en el

transporte, un resurgimiento de la minería del oro, y la rápida colonización de la cordillera central estimuló una notable transformación económica en el corredor montañoso que se extiende desde Antioquia hasta el valle del Alto Cauca. Después del cambio de siglo, la comunidad de negocios del occidente colombiano se construyó sobre estos cimientos, brindando crédito a los pequeños cultivadores, controlando de cerca la calidad del grano, y emprendiendo campañas de comercialización en el exterior. Respondiendo expertamente a la demanda internacional, los financieros y comerciantes antioqueños colaboraron con los exportadores extranjeros y con los intereses de la banca norteamericana, alemana y británica para racionalizar y ampliar el comercio del café desde el occidente colombiano; al final del periodo, esa región había «llegado evidentemente más lejos hacia la estandarización»²². Esta estrategia dio un excelente resultado. Aunque antes de 1914 las variedades de cultivo del Alto Magdalena habían alcanzado precios ligeramente más altos que los granos del occidente en los mercados de los EE.UU., la suerte se había invertido una década más tarde²³. Entre 1913 y finales de la década de 1920, la participación del occidente en la producción nacional creció del 30 al 70 %²⁴.

El occidente colombiano opacó de otras maneras a los hacendados del Alto Magdalena. Primero, el corredor antioqueño acopió la mayor parte de los recursos para la mejora de la infraestructura a medida que una ráfaga de proyectos en la década de 1920 rebajó los costos de transporte desde las cordilleras central y occidental a los puertos sobre el Pacífico y el Caribe. Por contraste, los nexos con el mundo exterior permanecieron costosos e inadecuados para los cultivadores de Cundinamarca y Tolima²⁵. El trecho de 250 kilómetros del río entre Girardot y La Dorada era infranqueable durante meses; cuando las variedades del centro de Colombia podían haber logrado precios altos en los mercados extranjeros no provistos por el café del corredor occidental, montañas de

¹⁸ En 1914, un observador norteamericano recomendó que las mezclas de más alto grado incluyeran 25 % de grano lavado de la variedad Bogotá; véase *Spice Mill*, enero de 1914, p. 36. La penetración de mercados norteamericanos por granos colombianos está descrita en Charles A. McQueen, «Colombian Public Finance», *Colombian Review*, junio de 1928, pp. 360-367.

¹⁹ Jesús Antonio Bejarano, *Economía y poder: la SAC y el desarrollo agropecuario colombiano, 1871-1984*, Bogotá, 1985, cap. 3.

²⁰ Bennett E. Koffman, *The National Federation of Coffee Growers of Colombia*, tesis de Ph.D., University of Virginia, 1969, capítulo 4.

²¹ Véanse Roger Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920*, Bogotá, 1977; y

Fernando Botero Herrera, *La industrialización en Antioquia: génesis y consolidación, 1900-1930*, Medellín, 1984.

²² U.S. Department of Commerce, Bureau of Foreign and Domestic Commerce, *The Coffee Industry in Colombia*, Washington, D.C., 1931, p. 8.

²³ *Revista Nacional de Agricultura*, noviembre-diciembre de 1914, pp. 222-225, y *Revista Nacional de Agricultura*, mayo-junio de 1924, pp. 285-286.

²⁴ Palacios, *Op. cit.*, p. 71.

²⁵ Véanse J. Fred Rippy, «Dawn of the Railway Age in Colombia», *Hispanic American Historical Review*, vol. 33, 1953, pp. 650-663, y Alfredo Ortega, *Ferrocarriles colombianos, 1920-1940*, Bogotá, 1932.

granos permanecían estancadas en los muelles del Alto Magdalena²⁶. Además, los cultivadores del occidente colombiano se volvieron la voz principal en el *lobby* cafetero del país. Los diversos intentos de los cafeteros del Alto Magdalena para promover un plan de defensa del café parecido a la valorización de São Paulo, fueron frustrados por los inadecuados recursos financieros y la falta de apoyo de los procesadores y exportadores cafeteros del occidente colombiano, cada vez más influyentes²⁷.

La Federación Nacional de Cafeteros, fundada en 1927, llegó a ser en buena parte creación de los cultivadores de la región occidental, especialmente los representantes de Caldas, una región de rápido crecimiento. Finalmente, estos últimos desafiaron a los hacendados en su propio terreno. Los colonizadores y comerciantes del occidente colombiano, y sus socios extranjeros, se mudaron rápidamente a la región después del cambio de siglo. Hacia 1930, el norte del Tolima, con su conjunto de cultivos, pequeñas propiedades, plantas de procesamiento y redes comerciales, había sido llevado a la órbita del interés cafetero del occidente colombiano²⁸.

Los cultivadores de café encararon otro desafío importante de los hacendados cerealeros y ganaderos de las tierras altas del oriente y del Valle del Cauca hacia el occidente que habían sido pilares importantes de la Regeneración²⁹. A pesar de sus empresas generalmente descapitalizadas y tecnológicamente atrasadas (con excepción de varios grandes complejos azucareros), estos productores agrícolas domésticos se beneficiaron del rápido crecimiento de la población colombiana y de la urbanización en las tres primeras décadas del siglo. Además, con sus fuertes nexos con el partido conservador, ejercían una formidable influencia política. Desde la formación de la SAC en 1904, los productores de cereales y azúcar y los hacendados ganaderos hicieron causa común con los cultivadores cafeteros en la búsqueda de mejoras en la infraestructura, crédito para las empresas agrícolas, y nuevas tecnologías para el campo colombiano. Los productores a gran escala para mercados domésticos y extranjeros también compartían intereses sobre la protección de la propiedad privada y el aseguramiento de la disciplina de los

campesinos pobres.

Incluso a veces esta alianza sirvió muy poco a los hacendados cafeteros. Los productores de alimentos insistían en la protección casi ilimitada a lo largo de la mayor parte del periodo. Entre 1904 y 1927, los aranceles altos bloquearon la entrada de arroz, azúcar y trigo del extranjero; la recaudación proveniente de estos productos se extendió entre 60 y 100 % por encima del valor del mercado, más alta que cualquier otra en el continente americano durante esos años³⁰. Los representantes de los hacendados cafeteros culpaban a estas políticas de violar los principios del libre comercio y de aumentar los costos laborales. También fueron frustrados en sus esfuerzos para obtener una fuerza de trabajo barata, incapaces de reunir apoyo político a los planes de inmigración y enfrentaron la resistencia de las élites del altiplano a sus esfuerzos de reclutamiento entre el campesinado de las tierras altas orientales³¹. En efecto, los propietarios de haciendas cafeteras permanecían en una posición subordinada dentro de los diversos segmentos agrarios de la clase gobernante colombiana a través de la década de 1920.

Después de la Primera Guerra Mundial, una transformación económica importante disminuyó aún más la posición de los grandes hacendados cafeteros en esta frágil combinación de las élites. Durante la denominada *danza de los millones*, capitales norteamericanos y europeos penetraron en diversas regiones y sectores de la economía. Las áreas costeras de tierras bajas sobre el Pacífico y el Caribe se volvieron zonas importantes para el desarrollo de cultivos de azúcar y bananos por empresarios colombianos y extranjeros, y las compañías de petróleo perforaron pozos en la selva en el valle del Magdalena Medio y en muchas otras partes³². Mientras los financistas de países del Atlántico Norte extendían su presencia y entraba en el país un pago de 25 millones de dólares de indemnización de los Estados Unidos por la separación de Panamá, el economista de Princeton Edwin Kemmerer ayudaba a reorganizar las estructuras fiscal y monetaria de la nación³³. A la vez, después de la brusca desaceleración económica de 1920 y 1921, el control sobre el comercio de café pasó de las tradicionales agencias

²⁶ P.L. Bell, *Colombia: A Commercial and Industrial Handbook*, Washington, D. C., 1921, p. 245.

²⁷ «Las labores del congreso cafetero», *Revista Nacional de Agricultura*, septiembre de 1920, pp. 65-70.

²⁸ Sobre la penetración antioqueña en el Alto Magdalena, véase María C. Errázuriz, *Cafeteros y cafetales del Líbano*, Bogotá, 1986.

²⁹ Francine Cronshaw, *Landowners and Politics in Colombia, 1923-1948*, tesis de Ph.D., University of New Mexico, 1986.

³⁰ Bejarano, *Op. cit.*, p. 138.

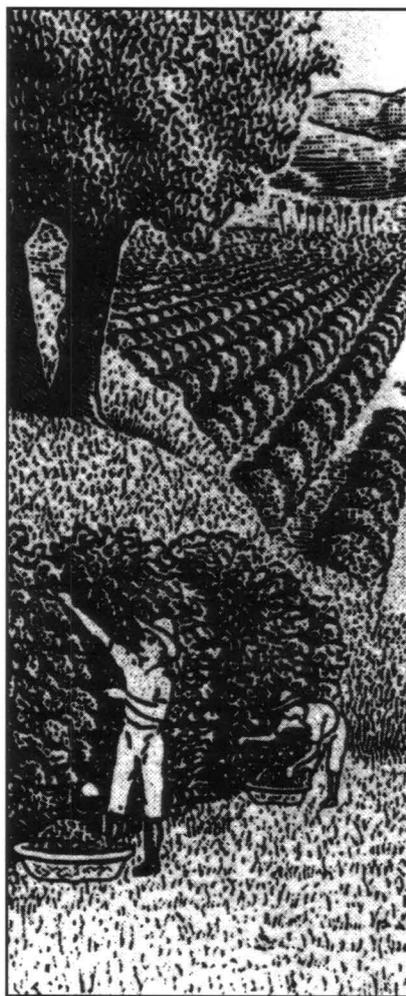
³¹ *El Tiempo*, abril 26, 1924; y Cronshaw, *Op. cit.*, pp. 54-62.

³² Un retrato de los intereses de negocios en expansión de los EE. UU. durante este periodo se presenta en Stephen J. Randall, *The Diplomacy of Modernization: Colombian-American Relations, 1920-1940*, Toronto, 1977.

³³ Paul W. Drake, *The Money Doctor in the Andes: The Kemmerer Missions, 1923-1933*, Durham, North Carolina, 1989, capítulo 2.

comisionistas a conglomerados internacionales como W. R. Grace, Hard and Rand y la American Coffee Corporation (una filial de A&P fundada en 1919), las cuales establecieron centros de compra y procesamiento en el Alto Magdalena³⁴. A su vez, las fuertes conexiones con la economía mundial estimularon la urbanización y la expansión de la manufactura en Bogotá, Medellín y otras ciudades³⁵.

Estos notables cambios afectaron de diversas maneras a las élites de cultivadores cafeteros. Durante este periodo sus empresas pasaron a soportar creciente presión. Los agentes compradores extranjeros insistían en que las haciendas entregaran granos de calidad estandarizada. Además se daba poco crédito a las empresas agrícolas, no obstante los pagos de indemnización correspondientes a Panamá, la presencia de bancos extranjeros, y las reformas fiscal y monetaria. Con la declinación de la vieja estructura de las agencias comisionistas, las condiciones de préstamo se volvieron menos ventajosas para los grandes cultivadores cafeteros, haciendo que muchos se endeudaran³⁶. Algunos obtuvieron acceso desde 1925 al recién fundado Banco Agrícola Hipotecario, pero esta institución concentró sus préstamos en los bienes raíces urbanos y en negocios de vivienda. La marcha acelerada del cambio económico, incluyendo mayores oportunidades de empleo en manufactura, construcción y obras públicas, condujo a una escasez de mano de obra a lo largo del Alto Magdalena. En 1928, el Banco de la República dio la alarma, indicando que «la cosecha de café es abundante, pero se teme



financiamiento insuficiente para recolectarla»³⁷. Aunque la mayoría de las haciendas trataban de sobrevivir, y algunas incluso lograron prosperar bajo circunstancias tan adversas, es claro que sus propietarios estaban a la defensiva³⁸.

Los cafeteros también estaban cada vez más subordinados dentro de la reordenación de la élite de la época de posguerra. Los grandes productores de café, temerosos ante la inflación, el aumento de los costos laborales, y la protesta social, se unieron a los burócratas de filiación conservadora, a los financistas e importadores y a otros grupos de élite urbanos que clamaban por la eliminación de los aranceles protectores a los alimentos³⁹. Durante fieros debates en el congreso cafetero que tuvo lugar en Manizales (capital de Caldas, el departamento de más rápido crecimiento en el occidente colombiano), en 1929, el vocero de los hacendados, Ortiz Williamson, de acuerdo con el ministro de Hacienda, Esteban Jaramillo, mantuvo una dura oposición a los productores domésticos de alimentos, rechazando el clamor de

Pomponio Guzmán, un destacado terrateniente del altiplano, de «eliminar, por amor a la república, esta ley tan dañina para nuestros grandes intereses nacionales»⁴⁰. Pero los cafeteros no necesariamente se beneficiaron de este movimiento contra sus tradicionales aliados latifundistas, como sus socios de otra época entre los comerciantes y financistas del occidente colombiano que demostraron estar menos atentos a los intereses de los grandes cultivadores cafeteros de la cordillera oriental. Estos últimos también se encontraron en desventaja en la pelea por capital a

³⁴ Fabio Zambrano, «El comercio de café en Cundinamarca», *Cuadernos colombianos*, No. 11, 1977, pp. 391-436.

³⁵ Jesús Antonio Bejarano, «El despegue cafetero, 1900-1928», en José Antonio Ocampo, compilador, *Historia económica de Colombia*, Bogotá, 1987, pp. 173-208.

³⁶ A finales de la década de 1920, Enrique de Narváez (hijo) informó que los costos de transacción habían subido considerablemente y que los plazos de reembolso para los productores de café se habían reducido de seis a tres meses o menos. *Revista del Banco de la República*, junio de 1928, pp. 217-219.

³⁷ *Revista del Banco de la República*, julio de 1928, p. 251.

³⁸ Jiménez, *Op. cit.*, analiza las respuestas de los grandes propietarios de haciendas en Viotá a las presiones de la década de 1920, revelando que aunque algunas empresas habían contraído deudas pesadas, otras pasaban ilesas a través de los años de crisis, incluso ampliando la producción considerablemente en algunos casos.

³⁹ Hugo López, *Estudio de la inflación en Colombia: el periodo de los años 20*, Medellín, 1977, p. 137. Véase también sobre esta materia el escrito de Esteban Jaramillo, ministro de Hacienda, *La carestía de la vida*, Bogotá, 1927.

⁴⁰ *El Tiempo*, febrero 18 de 1929.

medida que los urbanizadores, industriales y las grandes casas comerciales acumulaban aún más influencia. Finalmente, las élites regionales, además de las cafeteros del occidente del país, que tenían nexos con la economía global comenzaron a ejercer mucha más influencia en la economía colombiana.

Al final, los grandes cultivadores de café pueden por sí mismos haber socavado la creación de un interés distintivo del cultivador dentro de la oligarquía colombiana. Como ha mostrado Frank Safford, durante las iniciativas de exportación en las zonas semitropicales y tropicales del centro de Colombia después de la Independencia, los terratenientes comúnmente se doblaron como comerciantes y financistas o estuvieron estrechamente alineados con los clanes mercantiles⁴¹. Estas estrategias de negocios duraron hasta bien entrado el siglo XX. Un inversionista original en el prestigioso Banco López fue Daniel Sáenz, copropietario de los dos más grandes y tecnológicamente más sofisticados cultivos cafeteros en el Valle del Tequendama Medio al suroccidente de la capital. Incluso este descendiente de José María Sáenz, el principal barón del tabaco de mediados del siglo XIX, también mantuvo propiedades en una planta de cemento, una fábrica de zapatos, bienes raíces, y el tren aéreo a Monsestate desde el cual se divisa la ciudad capital. Se le describió en el documento de fundación bancaria en enero de 1919, no como *hacendado* ni como *agricultor*, sino más bien como *comerciante*⁴². Así la incómoda posición de los propietarios de cultivos cafeteros que estaban cerca a la cima de la oligarquía puede haber reflejado su ambivalencia histórica de arriesgar su capital y dedicar sus energías a la agricultura de exportación a gran escala y quizá también el grado al cual ellos ya habían comenzado a seguir la recomendación de Hoyos Becerra de convertirse en otro tipo de élite.

Los hacendados bajo el asedio político

En la política también el poder de los hacendados se cualificó de modo similar. Habiendo ayudado a negociar un fin a la Guerra de los Mil Días, ejercieron

influencia considerable en ambos partidos y mantuvieron importantes cargos del gobierno durante las tres décadas anteriores a la Gran Depresión. Los grandes cultivadores cafeteros se unieron a otros oligarcas en un consenso en el interior de la élite para frenar tanto la violencia partidista como los clamores desde abajo. En el periodo más largo de paz política en la historia de la nación, las clases altas se proponían, según palabras de Herbert Braun, «convivir, vivir juntos en un ámbito de poder que sentían idealmente dispuesto para habitar»⁴³. Este proyecto logró su más concreta expresión política en la Unión Republicana, una alianza bipartidista de intereses de exportación que expulsó el régimen autoritario de Rafael Reyes en 1909 y llevó a la presidencia a Carlos E. Restrepo. La administración de cuatro años de este conservador moderado antioqueño buscó estabilizar las finanzas de la nación y dirigir el país hacia un vínculo más estrecho con los mercados mundiales⁴⁴. Siguiendo un programa de modernización por encima del conflicto partidista, los unionistas republicanos esperaban remplazar el «rugido del cañón» y la «escuela de agitar la bandera» del siglo anterior por el «silbato de la locomotora»⁴⁵.

En las tres décadas previas a la Gran Depresión, aparte del lapso de la administración de la Unión Republicana entre 1910 y 1914, el Estado colombiano demostró unas veces no congeniar con los cafeteros del Alto Magdalena, y otras veces ser abiertamente hostil a ellos. En 1929, el hacendado tolimense Julio J. Dupuy se quejó de que sus esfuerzos por exponer las preocupaciones de los cafeteros ante los funcionarios del gobierno eran frustrados por la «fuerza de inercia, conocida por todos, de las salas de espera de las oficinas públicas... Uno tras otro, desde todos los ministros de Agricultura y Comercio hasta incluso varios presidentes, yo los fastidié fieramente con mi obsesión constante, y nada, absolutamente nada, fui capaz de conseguir en favor del negocio del café»⁴⁶. Hipérbole aparte, hasta el regreso del liberalismo al poder en 1930, la vida pública colombiana estuvo dominada por camarillas de terratenientes, comerciantes, clérigos, oficiales militares, burócratas y jefes políticos que se extendían

⁴¹ Frank Safford, *Commerce and Enterprise in Central Colombia, 1821-1870*, tesis de Ph. D., Columbia University, 1965.

⁴² Eduardo López, *Almanaque de hechos colombianos*, Bogotá, 1919, pp. 236-237. Para conocer material adicional sobre las inversiones de Sáenz, véase *Gaceta de Cundinamarca*, abril 12 de 1918, p. 8.439; «La industria cafetera de Cundinamarca», *Revista Nacional de Agricultura*, septiembre-octubre de 1923, pp. 40-42; «Disolución conyugal de Guillermo Sáenz y Ana Fety de Sáenz», Registraduría de Tierras, *Libro de registro. La Mesa*, vol. 2, folio 202, abril 11

de 1934. Entrevista del autor con Nicolás Sáenz Dávila, Bogotá, mayo 6 de 1980.

⁴³ Braun, *Op. cit.*, p. 20.

⁴⁴ Luis Baudillo Bello, *El papel del partido republicano en la lucha por el poder entre 1909 y 1914*, tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, 1981.

⁴⁵ «El progreso de la armonía», *Revista Nacional de Agricultura*, noviembre de 1906, p. 332.

⁴⁶ Julio J. Dupuy, *Estudio sobre organización y defensa de la industria cafetera en Colombia*, Bogotá, 1929, pp. 9-10.

desde las aldeas más apartadas hasta el palacio presidencial. Incluso la administración de Restrepo, a pesar de sus esfuerzos para moderar la lucha partidista e implementar una reforma administrativa, se halló atada por las redes conservadoras heredadas de la Regeneración. Además, debido a la enorme influencia de la Iglesia Católica, el Estado colombiano parecía casi una teocracia⁴⁷. Y aun en una nación consagrada al Sagrado Corazón de Jesús, existían poderosos impulsos hacia la modernización económica, el cambio institucional e incluso el mejoramiento social entre cuadros burocráticos que tenían fuertes pretensiones nacionalistas y renovadoras⁴⁸. A pesar de su formidable estatus social e influencia económica, los cafeteros fueron a veces considerados por las autoridades conservadoras como fuentes de ingresos, reclamantes inconvenientes del erario, y obstáculos para los programas de desarrollo del régimen.

Los impuestos fueron una fuente constante de roces entre esta facción oligárquica y el Estado conservador. Las disputas se centraban en los impuestos a las exportaciones a nivel nacional. Después de la Guerra de los Mil Días, los cafeteros se habían desilusionado por la falta de consideración de Reyes a este respecto, y presionaron exitosamente por el retiro de estas cargas. Unidos en el derrocamiento de Reyes en 1909, encontraron en la administración de Restrepo un escudo ante las exacciones tributarias del Estado. A su regreso al poder en 1914, los conservadores revivieron los impuestos a las exportaciones y los aumentaron nuevamente en 1921 después de la recuperación de la desaceleración económica de la posguerra. Los cafeteros batallaron, no siempre con éxito, en el Congreso y la prensa para frenar esta extracción de fondos de las arcas del café⁴⁹. Estos conflictos siguieron hasta 1927 cuando la recién formada Federación Nacional de Cafeteros comenzó a administrar ingresos provenientes de impuestos sobre las exportaciones de café. No obstante, esta fue una victoria pírrica para los cafeteros porque los cultivadores del occidente colombiano estarían principalmente al mando de este

nuevo vehículo para defender el rápidamente cambiante comercio de café.

Los hacendados cafeteros también encararon un estado tributario bastante agresivo a nivel local. Tuvieron que reñir continuamente con funcionarios departamentales por los avalúos catastrales, llegando a ser especialmente agudos estos conflictos desde mediados de la década de 1920 a medida que los productores a gran escala encararon crecientes dificultades económicas. En 1927, Sergio Céspedes, administrador de la Hacienda Costa Rica, en Viotá, reportó a la familia Tamayo, los propietarios, que «la comisión catastral que vino ayer se encargó de elevar el avalúo. Naturalmente yo les di los datos más bajos que fuera posible, llamando su atención hacia las dificultades que actualmente tienen las haciendas cafeteras debido a la falta de mano de obra y a los altos jornales»⁵⁰. Consideraban que las labores comunales obligatorias eran especialmente onerosas y socialmente disociadoras. Las obligaciones de trabajo para la construcción de caminos y los deberes municipales de policía no solamente sacaban trabajadores de las empresas que ya sufrían escasez de mano de obra, sino que ocasionaban, según palabras de un observador, «el espectro de la rebelión... entre aquellos obreros oscuros, simples espíritus... que simplemente rompen las cadenas y abandonan la estancia»⁵¹. De manera similar, los hacendados se quejaban amargamente de los muy acuciosos tasadores de impuestos de consumo cuyas medidas contra los contrabandistas de licor y tabaco para los campesinos casi provocaban una contienda abierta entre el Estado y los pobres del campo y socavaban la tranquilidad de los distritos de la hacienda⁵².

La burocracia se entremetió también en el tradicional acceso de los terratenientes a las fuentes de ingreso público a través de acuerdos de concesión. Buscando deprivatizar diversos sectores de la economía después del cambio de siglo, el Estado conservador chocó con los hacendados. Por ejemplo, los funcionarios de Cundinamarca apartaron a la familia Sáenz de dos concesiones rentables. La primera fue el puente del Portillo sobre el Río Bogotá,

⁴⁷ Fabio López de la Roche, «Cultura política de las clases dirigentes en Colombia: permanencias y rupturas», en López de la Roche, compilador, *Ensayos sobre cultura política colombiana*, Bogotá, 1978, pp. 99-204; Humberto Bronx, *Historia moderna de la iglesia colombiana*, Medellín, s. f., pp. 303-342; y Ana María Bidegaín de Urán, *Iglesia, pueblo, y política: un estudio de conflictos de intereses. Colombia, 1930-1955*, Bogotá, 1985, capítulos 2 y 3.

⁴⁸ Bernardo Tovar Zambrano, *La intervención económica del estado en Colombia, 1914-1936*, Bogotá, 1984, presenta

un preciso retrato del programa modernizador y nacionalista de los gobiernos conservadores en este periodo.

⁴⁹ Para conocer un resumen de los debates sobre la cuestión de los impuestos a las exportaciones desde la perspectiva de los hacendados, véase Gabriel Ortiz Williamson, *La libertad de exportación en Colombia*, Bogotá, 1925.

⁵⁰ Correspondencia semanal, *Archivo Hacienda Costa Rica*, septiembre 21 de 1927.

⁵¹ *Revista Nacional de Agricultura*, abril 1 de 1908.

⁵² Palacios, *Op. cit.*, p. 237.

probablemente la más rentable de estas estaciones en el Valle del Tequendama, operada desde 1891 por José María Sáenz y Evaristo de la Torre, otro hacendado importante. En 1915 las autoridades departamentales expropiaron el puente, el cual recuperó la familia Sáenz sólo al ejercer influencia al más alto nivel para suprimir un decreto del gobierno y un fallo de la corte del distrito contra ellos. Sin embargo, los funcionarios del tesoro persistieron en sus intentos por ganar control sobre esta concesión altamente rentable, obligando finalmente a Guillermo Sáenz en 1922 a entregar el puente al departamento⁵³. Tres años después los intereses de negocios de los Sáenz sufrieron otro retroceso. Su monopolio sobre la producción de licor y el recaudo de rentas en Cundinamarca, mantenido desde comienzos del siglo, fue desafiado por los conservadores a su regreso al poder en 1914. Encarando la expropiación departamental de la contribución en el procesamiento y venta de licores destilados, los Sáenz, copropietarios de la mayor planta de aguardiente de la región, en el Ingenio San Antonio, en Anapoima, fracasaron en disuadir la toma de posesión por las autoridades de Cundinamarca⁵⁴.

En la década de 1920 los terratenientes del Alto Magdalena también se hallaron presionados por respuestas oficiales a disputas sobre títulos de tierras y protestas rurales. En el primer caso, la legislación favoreció a los ocupantes ilegales de enormes áreas que carecían de títulos de propiedad en la Colombia central; el asunto llegó a tener más presión a mediados de la década, cuando fallos judiciales amenazaron los reclamos de los propietarios sobre zonas generalmente no tituladas del distrito del Sumapaz, al suroccidente de la capital del país, y otras áreas⁵⁵. Además de conflictos de tierras, surgieron severos problemas laborales en los distritos de cultivo durante estos años. La agricultura de exportación a gran escala en Colombia nunca había sido capaz de confiar en la inmigración patrocinada por el gobierno ni en el trabajo obligatorio impuesto por el Estado, a la manera de los brasileños o los centroamericanos. Así, en 1924, ávidos de apoyo oficial para mejorar la contratación de mano de obra, los hacendados habían

aplaudido el establecimiento de la Oficina General del Trabajo dentro del Ministerio de Industrias. Sin embargo, hacia el final de la década, bajo el ataque de ocupantes ilegales, peones e inquilinos, los grandes propietarios de haciendas estaban consternados por no recibir el pleno apoyo de los burócratas conservadores. Para contener la amenaza «bolchevique», los representantes de la Oficina del Trabajo recomendaron que se hicieran contratos claramente definidos, la eliminación de servicios de tenencia o su conversión en acuerdos de aparcería, e incluso, como sugería Hoyos Becerra, venta y distribución de las haciendas a los pobres del campo. Los hacendados se oponían a lo que consideraban como soluciones radicales a la inquietud rural proveniente de sectores antipáticos y aun enemigos de un gobierno.

La ausencia de una fuerte base regional puso también otros límites a los hacendados. La división administrativa del Alto Magdalena en los departamentos de Tolima, Huila y la porción occidental de Cundinamarca, impidió la creación de una entidad política unificada y autónoma similar a la que constituyeron en el Brasil los hacendados de São Paulo en el mismo periodo⁵⁶. La proximidad de la región a la capital del país hizo insostenible para los hacendados o sus negocios y para sus aliados políticos o de negocios construir una base gubernamental de poder separada. Ninguno de los pueblos rústicos de la cordillera occidental o de la central ni las abrasadoras ciudades portuarias de Honda o Girardot servían como capital regional. Por el contrario, los bancos y casas comerciales, escuelas y clubes y oficinas gubernamentales de Bogotá desplazaron inexorablemente a los hacendados hacia la fría capital en la altiplanicie al oriente.

Las políticas posteriores a la Regeneración demostraron ser igualmente molestas para los hacendados. El diseño partidista de la competición entre la élite colombiana se había forjado a mediados del siglo XIX en la confluencia de lealtades de familia, desacuerdos programáticos, competencia de ideologías, y afinidades regionales, y se había congelado durante el atrincheramiento conservador después de media-

⁵³ Cundinamarca, *Informe del secretario de hacienda, 1915*, p. 51; Cundinamarca, *Informe del secretario de hacienda, 1916*, pp. 103-105; y Cundinamarca, *Informe del secretario de gobierno al señor gobernador del departamento, 1922*, p. 101.

⁵⁴ Cundinamarca, *Informe del secretario de hacienda, 1915*, p. 93, y *Anexo al informe del secretario de hacienda, 1926*, p. xxvi.

⁵⁵ Darío Fajardo M., *Haciendas, campesinos, y políticas agrarias en Colombia, 1920-1980*, Bogotá, 1983, pp. 29-34.

⁵⁶ Sobre el Brasil y São Paulo en particular, véanse Joseph L. Love, *São Paulo in the Brazilian Federation, 1889-1937*, Stanford, 1980; Steven Topik, *The Political Economy of the Brazilian State, 1889-1930*, Austin, Texas, 1987; y Mauricio Font, *Coffee, Contention, and Change in the Making of Modern Brazil*, Cambridge, Massachusetts, 1990. También, el clásico ensayo de Warren Dean, «The Planter as Entrepreneur: The Case of São Paulo», *Hispanic American Historical Review*, vol. 46, 1966, pp. 138-152.

dos de la década de 1880⁵⁷. Durante la Regeneración, los cafeteros del Alto Magdalena que antes habían apoyado el programa liberal de libre comercio, descentralización, secularización y apropiación de bienes de la Iglesia, se hallaron bastante excluidos de los cargos burocráticos y de representación legislativa. También sobrellevaron gravámenes a las exportaciones, expropiación de bienes y de capital, y persecución política por parte de los conservadores. A medida que el país se sumergía en su más mortífera y destructiva guerra civil, a finales de la década de 1890, los hacendados todavía liberales en su mayoría, agrupados en la facción partidista dentro de su partido, no podían lograr armonía entre los oligarcas rivales ni contener a los elementos más insubordinados del liberalismo⁵⁸.

A raíz de la Guerra de los Mil Días, los hacendados del Alto Magdalena y otros oligarcas resolvieron evitar el partidismo divisor que consideraban lesivo a sus intereses particulares y a la totalidad del país. Fracasó un plan inicial para el establecimiento de un partido agrario independiente de los conservadores y liberales. Sin embargo, la idea de una alternativa a los bandos beligerantes del siglo anterior sobrevivió entre muchos empresarios del Alto Magdalena y otros⁵⁹. La coalición de intereses exportadores y moderados de ambos partidos que derrocó a Reyes en 1909 avanzó cierta distancia con la Unión Republicana en la creación de dicha opción. Al respecto, a pesar de sus limitaciones y la persistencia de militantes conservadores en el aparato estatal, la administración de Restrepo se convirtió en la más cercana a hacer de Colombia una república de hacendados durante el primer tercio del siglo. Aun después de 1914 y hasta su desbandada a comienzos de la década de 1920 luego de casi una década de opaco desempeño electoral, la Unión Republicana no llegó a ser un instrumento unificado y coherente de gobierno de clase bajo el poder de las grandes élites terratenientes exportadoras.

A lo largo de la década de 1920, los hacendados lucharon una acción de retaguardia contra otras

facciones oligárquicas dentro de los dos partidos principales. Aunque compartían un terreno común en políticas de asuntos sociales y económicos con empresarios antioqueños y latifundistas orientados a los mercados domésticos en la coalición gobernante, los resentimientos y diferencias partidistas con la burocracia estatal sobre diversos aspectos los mantuvieron apartados de los conservadores. Lo más importante fue que nunca tomaron totalmente el control del partido liberal, donde tenían que acceder a las facciones de la élite vinculadas a los sectores financieros y comerciales de la economía de exportación así como al desarrollo urbano y de la manufactura.

Al mismo tiempo, desde comienzos del siglo, los reclamantes de la clase media emergente usaron el sistema notablemente prolongado de política sectaria para desafiar el poder y la autoridad de la oligarquía cafetera⁶⁰. Las oportunidades económicas, la expansión de la burocracia, y el creciente acceso a la educación, generaron cantidades cada vez mayores de abogados, médicos, periodistas y empleados públicos activos en los dos partidos. En Bogotá y otras ciudades importantes, por lo general este grupo estaba estrechamente ligado a los grandes cultivadores cafeteros mediante padrinozgo, matrimonio y lealtad de partido. Sin embargo, algunos miembros políticamente activos de la clase media no compartían totalmente la visión de los hacendados acerca de una república oligárquica que excluía una mayor participación y mantenía un enfoque de *laissez-faire* en la economía, especialmente con respecto al comercio exterior y a la inversión.

Tal escepticismo hacia los grandes cultivadores encontró expresión en los esfuerzos de Rafael Uribe Uribe para revivir el partido liberal en la década siguiente a la Guerra de los Mil Días. Hasta su asesinato en las gradas del Capitolio en 1914, este ex jefe de los insurgentes liberales luchó con feroz partidismo contra los conservadores y con los unionistas republicanos; su programa de «socialismo de Estado» proponía la intervención gubernamental

⁵⁷ Frank Safford, «Social Aspects of Politics in Nineteenth Century Spanish America: New Granada, 1825-1850», *Journal of Social History*, 5, 1972, pp. 344-370; y Malcolm Deas, «Venezuela, Colombia, y Ecuador: The First Half Century of Independence», en Leslie Bethell, compilador, *The Cambridge History of Latin America*, vol. 3, *From Independence to c. 1870*, Cambridge, 1985, pp. 507-538.

⁵⁸ Helen Delpar, *Red Against Blue: The Liberal Party in Colombian Politics, 1863-1899*, University, Alabama, 1981;

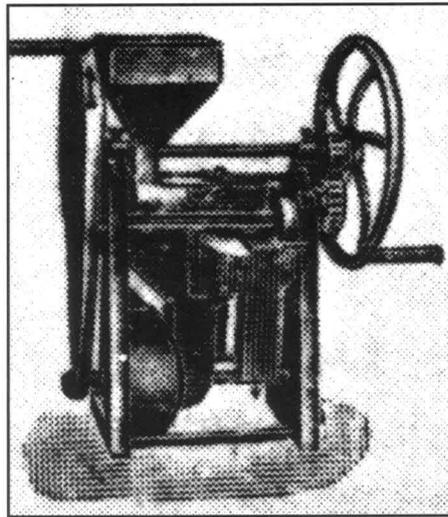
y Bergquist, *Op. cit.*, parte 1.

⁵⁹ Véase «El Dr. Roberto Ancízar y el Partido Agrario», *Revista Nacional de Agricultura*, abril de 1913, pp. 743-746. Un análisis de los esfuerzos subsiguientes para fundar un partido independiente de las élites del campo antes de 1930 y después, se presenta en Olinto Marcucci, *La revolución agraria en Colombia*, Bogotá, 1934.

⁶⁰ Marco Palacios, «La clase más ruidosa», en *Estado y clases sociales en Colombia*, Bogotá, 1986, pp. 9-86.

para promover el desarrollo económico y el bienestar social⁶¹. Los *uribistas* despreciaban a los caballeros hacendados, considerándolos como herederos de un pasado señorial, obstáculos en el camino al progreso, defensores del comercio libre y otras políticas económicas que ponían sus intereses privados por encima del bien público, y vendedores del patrimonio de la nación a intereses extranjeros tras la debacle de la separación de Panamá. El periódico de Uribe Uribe opinaba que, puesto que bajo el dominio de estas élites el pueblo colombiano «sólo tenía obligaciones que cumplir y ningún derecho para disfrutar, cargas para soportar y ninguna garantía de la que pudiera estar seguro..., el gobierno debía asegurar un equilibrio entre las diferentes clases sociales y los partidos políticos, y la oligarquía debía sacrificar sus privilegios»⁶². Más tarde estos temas serían retomados en la década de 1920 por una nueva generación de políticos y críticos sociales, como Alejandro López⁶³.

A los hacendados también les fue mal en la política local. El Alto Magdalena, descrito por José María Samper en 1861 como «el hogar de los republicanos», tenía una larga tradición de resistencia a los conservadores y al fuerte Estado central y, de modo más general, a la oligarquía⁶⁴. Esta variante popular del liberalismo, nacida en la era de mediados de siglo de reforma oligárquica y fortalecida durante la Regeneración, enfatizaba las libertades individuales, la igualdad social y el anticlericalismo; también demostraba una marcada tendencia hacia una política de exclusión y vanguardismo militar, particularmente frente a la reacción conservadora⁶⁵. Después de la Guerra de los Mil Días, el liberalismo popular continuó floreciendo en el Alto Magdalena, escena de la lucha más feroz del conflicto y de la dura represión de los jefes militares liberales y sus



seguidores a medida que el conflicto llegaba a su fin. Esta oposición de origen doméstico encontró expresión en la constante ronda de elecciones locales, regionales y nacionales, donde los hacendados-políticos y sus delegados enfrentaron cada vez más a votantes plebeyos, rudos y exigentes. Estos leales liberales de clase baja desconfiaban de los esfuerzos de las élites para moderar las rivalidades partidistas y lograr un acercamiento con la Iglesia Católica, el archienemigo de los liberales populares. Con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, los seguidores de Uribe Uribe derrotaron la reconstitución de las redes dominadas por los hacendados en la región. Aun después de su muerte en 1914, el legado de

Uribe Uribe se interpuso en el camino de los esfuerzos de los hacendados para volver a ejercer completamente el control sobre el liberalismo provincial. Como resultado, durante buena parte de las tres décadas anteriores a la Gran Depresión, los hacendados demostraron su incapacidad para tomar plena ventaja de un bloque votante considerable en el campo del Alto Magdalena. Dado su débil apalancamiento sobre el Estado dominado por los conservadores, ellos no podrían brindar ni la protección ni el auspicio para el clientelismo efectivo. Tanto en el área rural como en la urbana, los

esfuerzos de los hacendados para rehacer la política colombiana a imagen de su muy admirado parlamentarismo inglés fracasó miserablemente.

La irrupción del liberalismo popular por fuera de los partidos tradicionales complicó luego la política para las élites del Alto Magdalena. Previamente, el Partido Obrero que tenía nexos con Uribe Uribe ganó adherentes en una zona importante de operaciones guerrilleras durante la Guerra de los Mil Días, ganando las elecciones para asamblea departamental

⁶¹ Fernando Galvis Salazar, *Uribe Uribe*, Medellín, 1962, y Eduardo Santa, *Rafael Uribe; un hombre y una época*, 3 ed, Bogotá, 1972, presentan esbozos de una vida aún no tratada en una biografía completa. *Obras selectas*, Jorge Eastman, comp., 2 vols. Bogotá, 1979, es una compilación de sus escritos y discursos, incluyendo su llamado a la intervención gubernamental, "Socialismo de Estado. Conferencia dictada en el Teatro Municipal de Bogotá, en octubre de 1904", vol. 1 pp. 29 - 47.

⁶² *El Liberal*, marzo 20 de 1913.

⁶³ El principal crítico de los grandes terratenientes después de la Primera Guerra Mundial, el ingeniero y economista antioqueño López, consideraba a los latifundistas, categoría en

la cual situaba a los hacendados cafeteros, como el mayor obstáculo al desarrollo económico y el progreso social. De su extenso trabajo, véase en especial *Problemas colombianos*, París, 1927.

⁶⁴ José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (Hispano-americanas), con un apéndice sobre la orografía y población de la confederación granadina [1861]*, Bogotá, s. f., p. 310.

⁶⁵ Un estudio seminal de este radicalismo de la provincia se encuentra en Malcolm Deas, «Poverty, Civil War and Politics: Ricardo Obeso Gaitán y Su Magdalena River Campaign in Colombia, 1885», *Nova Americana*, 2, 1979, pp. 263-304.

en 1911 en Viotá, aunque sólo para ver que los resultados fueron echados abajo por las autoridades. Una década después, el recién fundado partido socialista ganó el control de un puñado de municipios mediante elecciones, incluyendo la ciudad portuaria de Girardot, que gobernaron hasta comienzos de la década de 1920, enviando organizadores a las áreas rurales cercanas. Hacia finales de la década, en medio de crisis económica y represión oficial, una débil coalición de radicales de clase media provincial, estudiantes universitarios, artesanos, políticos liberales disidentes y ex insurgentes, formaron el Partido Socialista Revolucionario (PSR). El ejemplo de la Unión Soviética y el empeoramiento de las condiciones sociales a lo largo del país presagiaban un exitoso movimiento revolucionario de amplia base. María Cano, una activista obrera antioqueña y otros militantes del PSR, buscaron vincular los esfuerzos de su organización por todo el país a los artesanos y proletarios locales, y a los movimientos campesinos en el Alto Magdalena. Huelgas, invasiones de tierra y conspiraciones armadas a lo largo de la región culminaron en un fracasado levantamiento nacional en julio de 1929 cuando los veteranos de la Guerra de los Mil Días se unieron a los insurgentes de la clase baja con la esperanza de derrocar el régimen conservador⁶⁶.

Las acciones del ejército y la policía en la región durante los finales de la década de 1920 respondieron enérgicamente a estas revueltas. Firmes apoyadores de la represión contra los activistas del PSR y los manifestantes de la clase baja, los terratenientes llegaron a una estrecha alianza con los elementos más reaccionarios del régimen conservador y estuvieron de punta con los grupos de arbitraje de la Oficina del Trabajo⁶⁷. Su línea dura también alienó algunos notables locales y segmentos de la pequeña burguesía de la provincia que esperaban una resolución pacífica de estos conflictos y que, en todo caso, no estaban plenamente incorporados en las redes de la inestable élite política de la región. Al final, el recurso de la violencia de los hacendados resaltó su fracaso en mantener un clientelismo local efectivo o al menos domesticar la vida pública en esta zona. En la capital o fuera del país, los cada vez más ausen-

tes terratenientes sólo podían ver una región plagada de tinterillos, macheteros, bandidos, campesinos ebrios, y ahora «bolcheviques» que amenazaban a los despreciados conservadores y, en general, a la ley y el orden.

Las haciendas cuestionadas: rebelión y resistencia cotidianas

Los obstáculos puestos por esta oposición radical a los hacendados indicaban la falta de totalidad del dominio de la gran propiedad en el Alto Magdalena. La hacienda permaneció efectivamente como una presencia encumbrada, sus propietarios siguieron manejando las elecciones locales, controlando los consejos municipales y supervisando las obras públicas. En aquello que Jesús del Corral denominara «un verdadero régimen feudal», los barones del café parecían ejercer dominio casi absoluto sobre los peones y los arrendatarios⁶⁸. Sin embargo, detrás de esta fachada de poder aparentemente no cualificado, los hacendados se vieron envueltos en una maraña de relaciones con sus propios trabajadores y con otros segmentos de la población sobre los cuales no siempre tenían el más firme mando. En efecto, su hegemonía estaba bastante fracturada en el mismo lugar donde podría suponerse que hubieran estado más seguros.

Cerca del final de la Guerra de los Mil Días, el liberal Celso Román abogaba para «que cese la tempestad para que la gente y las cosas vuelvan a ocupar la posición y el nivel que, dados sus antecedentes y su conducta, les corresponde»⁶⁹. Casi dos décadas después, un funcionario de Cundinamarca se quejaba de que en los poblados cercanos al puerto de Girardot dominado por los socialistas, «el antiguo y proverbial respeto hacia los patrones está desapareciendo rápidamente»⁷⁰. No obstante, parece improbable que allí siempre hubiera habido tal deferencia total hacia los señores por parte de los habitantes del Alto Magdalena. Desde la conquista española del norte de los Andes a mediados del siglo XVI, el poder y la autoridad de los grandes terratenientes habían estado circunscritos significativamente al nivel local. Ellos al parecer no habían sido capaces

⁶⁶ Sobre el PSR, véanse Ignacio Torres Giraldo, *Los inconformes*, vols. 3-4, Bogotá, 1974-1978; Medófilo Medina, *Historia del partido comunista de Colombia*, Bogotá, 1980, pp. 99-156; Julio Cuadros Caldas, *Comunismo criollo y liberalismo autóctono*, Bogotá, 1938; y José María Rojas Guerra, «La estrategia insurreccional socialista y la estrategia de contención del conservatismo doctrinario: la década de los veinte», manuscrito inédito, Cali, 1989.

⁶⁷ Véase, por ejemplo, un memorando enviado al ministro de

Industria en marzo de 1928 por grandes cultivadores cafeteros del suroccidente de Cundinamarca cuyas haciendas estaban bajo el asedio de activistas campesinos; Archivo Olaya Herrera, sección 2, folder 45, documento 123.

⁶⁸ Del Corral, *Op. cit.*, p. 11.

⁶⁹ Citado en Bergquist, *Op. cit.*, p. 192.

⁷⁰ Cundinamarca, *Informe del secretario de gobierno al señor gobernador del departamento*, 1921, pp. 5-8.

de ejercer completo control sobre su fuerza de trabajo casi desde el comienzo. Ni el Estado ni la Iglesia resultaban ser socios muy efectivos para las élites terratenientes en garantizar la tranquilidad y la conformidad social. Y, finalmente, los patricios de Bogotá que tenían pertenencias en la región nunca establecieron vínculos sólidos con los notables, artesanos y pequeños comerciantes locales en ese lugar apartado.

Hasta mediados del siglo XIX, la frontera apenas poblada enviaba productos tropicales y ganado a las tierras altas densamente pobladas en el Oriente y servía como zona de tránsito al mar Caribe y al suroccidente. Un puñado de grandes fincas ganaderas y plantaciones de azúcar, algunas poseídas por la Iglesia Católica y por rentistas de Bogotá, estaban rodeadas por una multitud de inquilinos, invasores y propietarios independientes. La región estaba poblada por descendientes de pueblos indígenas diezmados en su mayoría, esclavos africanos y un tenue flujo de migrantes de las zonas de tierra alta circundantes, especialmente del altiplano hacia el oriente. «Viviendo aparte de la sociedad», según palabras de un funcionario colonial, «esta población generó una extensiva economía subterránea en terrenos silvestres del Alto Magdalena, desafiando a los propietarios y al Estado⁷¹. Además de invadir tierras ajenas para cazar y pescar y escapar a las obligaciones del trabajo, los pequeños productores de azúcar socavaban las grandes plantaciones en mercados regionales con su melaza barata y bebidas alcohólicas; además, las autoridades estaban bastante presionadas para suspender la difundida evasión del impuesto por los contrabandistas⁷². La Iglesia Católica no pudo hundir raíces profundas en aquellos desolados caseríos donde la población «rara vez asistía a misa, poniendo así en peligro sus almas inmortales y exponiéndose fácilmente a los excesos ocasionados por su proximidad a la naturaleza, sin temor de ser sorprendidos»⁷³. En 1781, cuando los comuneros de las tierras altas orientales se levantaron contra la política impositiva española, se desató una sangrienta guerra social y de castas en el Alto Magdalena. Un funcionario imperial que huía informó

desde el valle del Tequendama que «la justicia es ultrajada y depreciada; y el nombre sagrado de Su Majestad es blasfemado»⁷⁴. Mucho después de la Independencia, la región permaneció en la imaginación de la élite como inaccesible y bárbara. «No es posible», escribió con desaliento Emiro Kastos en 1852, «por optimista que uno sea, prever para estos sitios del interior alguna prosperidad futura»⁷⁵.

Desde sus comienzos en la década de 1840, la agricultura de exportación a gran escala afrontó una configuración similar de productores domésticos independientes y un frágil aparato gubernamental. Se emprendieron iniciativas en tabaco, índigo, cacao, quinina y café en una zona fronteriza con pueblos y aldeas escasos y diseminados y un Estado que tenía poca presencia y menos autoridad. A medida que los hacendados se mudaron hacia áreas recientemente establecidas o remanentes de latifundios coloniales, sus experimentos con diversos acuerdos laborales sólo tuvieron éxito limitado. Las grandes empresas de tabaco del distrito de Ambalema, en la margen occidental del Magdalena, durante las décadas de 1860 y 1870 supuestamente declinaron a causa de la inatención de los aparceros a la calidad. En 1871 el ministro de hacienda, Salvador Camacho Roldán, en una carta dirigida a inversionistas británicos, admitió que había escasa oferta de mano de obra porque los trabajadores asalariados simplemente abandonaban los campos y sitios de procesamiento para establecer sus propios lotes en los terrenos selváticos adyacentes⁷⁶. Un personaje de la novela costumbrista clásica *Manuela* declaraba que «algunos arrendatarios tienen un cultivo de plátano, hasta seis mulas de carga, y viven en contienda abierta con los propietarios»⁷⁷.

A finales de la década de 1870, los propietarios de las plantaciones de café recién establecidas buscaron trabajadores de las tierras altas orientales «donde la población es grande, donde hay gran pobreza y bajos salarios»⁷⁸. Al compararlos con los habitantes de tierras bajas, como los franceses «dados a diversiones bulliciosas», el geólogo Alfred Hettner encontró que la gente del altiplano era

⁷¹ Franciso Antonio Moreno y Escandón, *Indios y mestizos de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII*, introducción e índices de Jorge Orlando Melo, transcripción de Germán Colmenares y Alonso Valencia, Bogotá, 1975, p. 73.

⁷² Gilma Lucía Mora de Tovar, *Aguardiente y conflictos sociales en la Nueva Granada durante el siglo XVIII*, Bogotá, 1988.

⁷³ Moreno y Escandón, *Op. cit.*, p. 73.

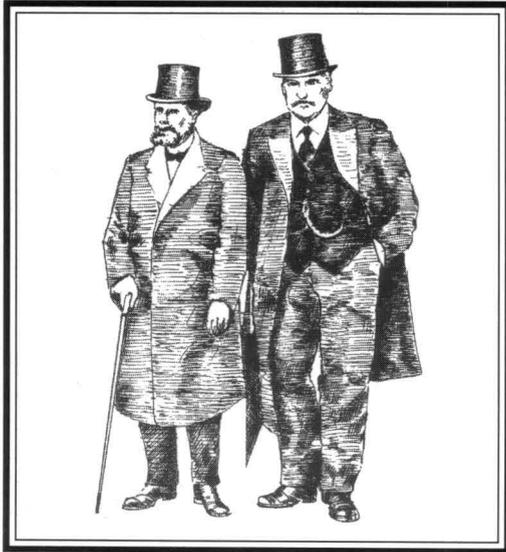
⁷⁴ Citado por José Fulgencio Gutiérrez, *Galán y los comuneros: estudio histórico-crítico*, Bucaramanga, 1939, p. 258.

⁷⁵ Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos) *et al.*, *Museo de cuadros de costumbres*, Bogotá, 1886, vol. 1, p. 45.

⁷⁶ Salvador Camacho Roldán, *Escritos varios*, Bogotá, 1892, vol. 2, p. 453.

⁷⁷ Eugenio Díaz, *Manuela* [1857], Medellín, 1947, p. 79.

⁷⁸ Carta de Carlos Abondano, noviembre 12, 1878, en Juan de Dios Carrasquilla, *Segundo informe que presenta el comisario de la agricultura nacional al poder ejecutivo para el conocimiento del congreso, año del 1880*, Bogotá, 1880, p. 42.



semejante a sus compatriotas alemanes, «serios y tranquilos»⁷⁹. Antes de 1900, sin embargo, la corriente de migrantes nunca alcanzó las proporciones esperadas por los empresarios agrarios, quienes descubrían en todo caso que esta gente del campo difícilmente fuera tan maleable. Malcolm Deas menciona la desesperación de un administrador de una hacienda del occidente de Cundinamarca: «Yo no comprendo a esta gente; son bien indios. Ahora que tienen en la cogida buen jornal hay que obligarlos y arrearlos para el trabajo como si se les exigiera el trabajo gratis»⁸⁰. Además, los ocupantes ilegales competían con ganaderos y cafeteros por el control de buena parte de la inmensidad sin dueño en el Alto Magdalena. Pequeños propietarios y arrendatarios independientes también participaban en una red de mercados locales y continuaban batallando con los funcionarios de impuestos. Esta confraternidad entre campesinos y pequeña burguesía de provincia resultó ser partidaria entusiasta del liberalismo popular, después de 1850 y durante la Regeneración. Muchos participaron como jefes y soldados en las bandas de guerrillas liberales durante diversos brotes armados entre 1885 y la Guerra de los Mil Días; esta última

finalmente convirtió la región en el terreno más sangriento de Colombia desde las guerras de Independencia⁸¹.

Después de 1902 un Alto Magdalena cansado de la guerra se volvía apaciguado a medida que las élites de los dos partidos buscaban enfriar las pasiones políticas. Una mayor estabilidad laboral llegaba a las grandes haciendas, con el aumento de migrantes desde el altiplano y la cristalización de un sistema laboral que combinaba jornaleros estacionales y trabajadores permanentes sacados de los aparceros y los arrendatarios⁸². El intercambio de obligaciones de trabajo por derechos de usufructo sobre lotes pequeños dio ventajas a los pobres del campo y también a los cultivadores. Para los arrendatarios, estos acuerdos brindaban tanto una relativa seguridad económica como oportunidades para dedicarse a actividades comerciales de alcance considerable. Los registros notariales de la época revelan una abundante inversión de los arrendatarios en víveres, azúcar, y aun ocasionalmente cultivos de café, como también vacas, mulas, y otras clases de ganado. Los arrendatarios particularmente emprendedores se dedicaron al procesamiento de azúcar y la producción de licor. El comercio de derechos de usufructo también parece haber sido común. Ocupantes ilegales, propietarios independientes y arrendatarios trabajaron los mercados locales que podían reunir, según un observador, «de dos a tres mil personas, haciendo transacciones por sumas considerables»⁸³. Estas localidades generalmente evolucionaron hasta convertirse en asentamientos más grandes y permanentes, con tiendas, tabernas, y mataderos conectados con redes comerciales más amplias por vendedores ambulantes y agentes de propietarios de almacenes de los pueblos cercanos.

Los hacendados también ganaron mediante este sistema. Los incentivos de los lotes de tenencia -así como el temor al desalojo- parecieron asegurar una fuerza de trabajo barata y aparentemente dócil. El afecto paternalista, la reciprocidad y la coacción

⁷⁹ Alfred Hettner, *La Cordillera de Bogotá: resultado de viajes y estudios* [1888], traducción de Ernesto Guhl, Bogotá, 1964, pp. 312-313.

⁸⁰ Malcolm Deas, «Una hacienda cafetera de Cundinamarca: Santa Bárbara (1870-1912)», en Deas, *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, 1993, p. 245.

⁸¹ Hay una extensa literatura sobre los conflictos civiles del siglo XIX y en particular sobre la Guerra de los Mil Días, bien resumidos y ampliados en Carlos Eduardo Jaramillo Castillo, *Los guerrilleros del novecientos*, Bogotá, 1991.

⁸² Para conocer el análisis de estos acuerdos, véanse Palacios, *Op. cit.*, capítulo 4; Mariano Arango, *Café e Industria*, 1850-

1930, Medellín, 1977; Absalón Machado, *El café: de la aparcería al capitalismo*, Bogotá, 1977; y varios trabajos de Jesús Antonio Bejarano, especialmente «El fin de la economía exportadora», en Darío Jaramillo Agudelo, compilador, *La nueva historia de Colombia*, Bogotá, 1976, pp. 675-739. En Viotá, una quinta parte de la municipalidad llegó a ser ocupada por arrendatarios de servicio hacia finales de la década de 1920, y las haciendas que más confiaban en tales acuerdos -en oposición al trabajo de jornal exclusivamente- tuvo la tasa más alta y consistente de expansión de matorrales; véase Jiménez, *Op. cit.*, pp. 204-214.

⁸³ «Cordillera de Subía», *Revista Nacional de Agricultura*, noviembre de 1906, p. 270.

consolidaron esta relación económica⁸⁴. La producción de pequeños bienes dentro de la gran hacienda benefició de otras maneras a los hacendados. La provisión de vivienda y comida requerida por la tenencia para los jornaleros ayudó a reducir los desembolsos de capital de las haciendas. Los costos de operación también disminuyeron al subcontratar diversas tareas a los arrendatarios, como el transporte de café en recuas de mulas hacia las estaciones del ferrocarril y los puertos fluviales. Además, el hogar del arrendatario se volvió una fuente de pequeñas cantidades de capital para las haciendas que por lo general estaban duramente presionadas por gerentes que gravaban a sus dependientes por el movimiento de mercancías, cobraban derechos por permisos, e imponían multas por infracción de normas.

Pero esta simbiosis de campesinos y señores no garantizaba una plena concordia social en el Alto Magdalena con anterioridad a la Gran Depresión. Los colonos y las élites chocaban furiosamente en la extensa y escasamente poblada franja de la frontera. Y los conflictos se volvieron endémicos sobre las propias grandes haciendas, especialmente hacia el final del periodo. Los retrasos, la pérdida y rotura de herramientas, y similares inconvenientes cotidianos de resistencia en el lugar de trabajo, eran comunes en los matorrales de café, los centros de procesamiento y sitios de despacho. Los arrendatarios más adinerados enviaban a otros en su nombre a cumplir obligaciones de trabajo, relajando sus nexos con la hacienda. Los estancieros luchaban por defender y aun ampliar sus derechos de usufructo. El ingreso en propiedades ajenas y el robo de recursos de la hacienda, como ganado, azúcar, e incluso café, ocurrían con alguna frecuencia y los arrendatarios evadían las exacciones tributarias de la hacienda y otras restricciones sobre su participación en los mercados locales. Después de la Primera Guerra Mundial, un campesinado cada vez más activo en lo comercial exigió libertad para cultivar café en sus parcelas. Hacia finales de la década de 1920, a medida que el forcejeo individual con los administradores de las haciendas se volvió más colectivo con la presencia de sindicatos y ligas campesinas, el asunto de poder cultivar café en forma independiente

asumió mayor importancia. En algunas áreas, como el norte del Tolima, la aparcería acalló las protestas hasta cierto punto. Pero en la parte oriental de ese departamento y en Cundinamarca, el decidido rechazo de los hacendados a acceder ante tales demandas y la aumentada presión sobre los trabajadores en una economía en declive, aumentaron los conflictos considerablemente, de tal manera que para los ojos de muchos observadores el centro de Colombia parecía estar suspendido al borde de una importante revuelta rural⁸⁵.

Los enfrentamientos tensos y a veces violentos entre pequeños propietarios y el Estado pusieron en peligro la autoridad de las haciendas en la región. La rapiña ejercida por los burócratas y tiranos locales conservadores sobre los pobres del campo mediante el tributo en trabajo y otros impuestos fue una constante incitación al conflicto en los distritos de cultivo. Los trabajadores y arrendatarios de las haciendas tuvieron que soportar también la colusión de jefes políticos locales y clérigos; estos últimos exigían pagos onerosos por bautismos, casamientos y entierros, haciendo a veces que los pobres del campo se marcharan⁸⁶. Las luchas por los impuestos al consumo asumieron una carga especialmente pesada sobre el orden y la tranquilidad en el campo. El esfuerzo efectuado durante siglos por las autoridades coloniales y después por las republicanas para recaudar impuestos del activo comercio de tabaco y de las bebidas locales hechas a base de azúcar, guarapo y aguardiente, entró en una nueva fase en estos años, a medida que la burocracia departamental amplió el poder y alcance de sus oficinas de impuestos, incluso invitando misiones de supervisión extranjeras para modernizar sus unidades de supervisión de impuestos. Un funcionario de Cundinamarca describió en 1918 a los contrabandistas campesinos como «constantemente alerta y preparados para el combate, bien armados y totalmente resueltos a proteger su oficio»⁸⁷. La detención de defraudadores del impuesto y los constantes disgustos por la injerencia del gobierno en las economías de los pequeños propietarios mantenían a grandes segmentos del Alto Magdalena en un constante estado de alarma.

⁸⁴ Para conocer un análisis de las relaciones de dependencia y deferencia en los distritos de cultivo, véase Michael F. Jiménez, «Class, Gender, and the Origins of Peasant Rebellion in Central Colombia, 1900-1930», en Forrest Colburn, compilador, *Everyday Forms of Peasant Resistance*, Armonk, New York, 1989, pp. 122-150.

⁸⁵ El extenso conjunto de escritos sobre la inquietud rural a finales de la década de 1920 y comienzos de la de 1930 incluye Hermes Tovar Pinzón, *El movimiento campesino en Colombia*, Bogotá, 1975, y Gonzalo Sánchez, *Las ligas*

campesinas en Colombia, Bogotá, 1977. Jesús Antonio Bejarano, «Campesinado, luchas agrarias, e historia social: notas para un balance historiográfico», *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, No. 11, 1983, pp. 251-304, presenta una revisión completa de la literatura sobre este tema.

⁸⁶ Jesús del Corral, *Op. cit.*, p. 6.

⁸⁷ Cundinamarca, *Informe del secretario de hacienda al gobernador*, 1918, p. 44.

Por otra parte, los pobres del campo regularmente usaron el gobierno, y en particular los consejos municipales, contra los hacendados. Catherine LeGrand ha documentado ampliamente las iniciativas legales tomadas por los colonos en el Alto Magdalena y en otros sitios de Colombia para ganar acceso a tierras públicas disputadas⁸⁸. Los arrendatarios apoyaron sus peticiones de sembrar café mediante el sistema judicial también. Registraron además contratos entre sí mismos en oficinas notariales, con la esperanza de legitimar su economía familiar. A medida que sus reclamos se volvían más colectivos en la década de 1920, los arrendatarios inundaron los despachos de las autoridades nacionales, departamentales y locales con solicitudes en que denunciaban a los cultivadores y exigían contratos formales de trabajo y de tenencia. Así canalizaron sus protestas con gran frecuencia mediante las instancias oficiales, a pesar de tener que soportar constante corrupción y defraudación a manos de funcionarios locales. Obviamente, por estos litigios los pobres del campo no podían doblegar totalmente el poder estatal lejos de su relación con los hacendados. Sin embargo, estos últimos se hallaban amarrados por un campesinado que aprendía con eficacia cada vez mayor a usar los instrumentos legales del Estado republicano contra los poderosos y adinerados.

Los comerciantes locales, vendedores y profesionales de pequeños pueblos comúnmente prestaron su apoyo a los arrendatarios y propietarios independientes contra los hacendados y el Estado. Muchos miembros de la clase media local, por supuesto, colaboraron con los grandes cultivadores y sus agentes, cobrando deudas, administrando haciendas de terratenientes a menudo ausentes, e imponiendo la ley y el orden a beneficio de estos últimos. Pero incluso los miembros de la clase media permanecían económicamente dependientes de los pequeños propietarios, cuyo producido compraban y a quienes vendían bienes manufacturados y prestaban una infinidad de servicios. Así las autoridades criticaban a la pequeña burguesía de la región por escudar a los contrabandistas y por tratar a los cobradores de impuestos «no como funcionarios, sino como ciudadanos particulares, e impedirles ejercer su oficio de realizar las investigaciones y

búsquedas necesarias»⁸⁹. Además, los abogados locales eran generalmente una fuente de litigio interminable en los campos del Alto Magdalena; rúbulas y tinterillos (como se les llamaba) muy poco entrenados se convertían en instrumentos mediante los cuales la gente del campo usaba el sistema judicial para su propio beneficio. Como era previsible, estas prácticas legales plebeyas fueron consideradas por las élites como amenaza a la propiedad privada, que supuestamente atacaban al campesinado y debilitaban el respeto hacia la autoridad⁹⁰.

Esta conexión con la economía campesina permitió a la pequeña burguesía constituir bases de riqueza y poder que generalmente eran independientes de los hacendados y no se rendían fácilmente a las demandas del Estado. Las autoridades se quejaban repetidamente sobre las trampas legales y la autonomía de las maquinarias políticas en esta parte de Colombia después del cambio de siglo⁹¹. «Hay intereses que son difíciles de combatir», expresaba con disgusto un funcionario de Cundinamarca en 1919 al reportar al gobernador la falta de cooperación de la pequeña burguesía en los municipios al occidente de la capital⁹². Casi una década después, un diario de Bogotá comentaba sobre los clanes políticos de los distritos del Alto Magdalena «cuyos engaños son cada día más desconcertantes y cuyas violaciones del orden legal y constitucional representan un peligro creciente, que si no es afrontado por el ministro de gobierno, desafortunadamente pondrá a prueba la paciencia de la gente»⁹³.

Esta compleja simbiosis económica de la pequeña burguesía y sectores de los pobres del campo, principalmente pequeños productores y arrendatarios, también socavaron en el Alto Magdalena la autoridad política y cultural más amplia de los hacendados principalmente liberales y de los representantes del Estado conservador en la región. La evidencia más clara de este desafío fue, por supuesto, el amplio apoyo que el liberalismo popular, dentro del partido liberal y por fuera de sus filas, recibió de la población de estos distritos en todo el periodo, en las elecciones, en manifestaciones, en la prensa popular, y en levantamientos armados. También hubo otras expresiones de una poderosa cultura opositora que era compartida por las clases medias de la provincia y

⁸⁸ Catherine LeGrand, *Frontier Expansion and Peasant Protest in Colombia, 1850-1936*, Albuquerque, 1986, capítulos 5 y 6.

⁸⁹ Cundinamarca, *Informe del secretario de hacienda al señor gobernador, 1918*, p. 44.

⁹⁰ *Revista Nacional de Agricultura*, octubre-noviembre de 1918, p. 1711.

⁹¹ Para conocer una visión interesante de la política local en

el siglo XIX y comienzos del XX, véase Malcolm Deas, «La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la República», en Deas, *Op. cit.*, pp. 175-206.

⁹² Cundinamarca, *Informe del secretario de hacienda al señor gobernador, 1919*, p. 226.

⁹³ *El Diario Nacional*, abril 15 de 1928.

los segmentos más privilegiados del campesinado, y que desconocía las relaciones de dependencia y la deferencia, insistía en la igualdad ante la ley, y exigía libertad de comercio. Por ejemplo, la región era el sitio de disputas constantes con la Iglesia Católica sobre diversos puntos, desde la asignación de los maestros de escuela hasta la interferencia del clero en las elecciones; los «misioneros» jesuitas enviados a la provincia del Tequendama al occidente de Cundinamarca fueron criticados severamente por predicar abiertamente a favor del candidato conservador en vísperas de las elecciones⁹⁴. Después del cambio de siglo, cuando los misioneros protestantes viajaron por la región, frecuentemente arrastraron grandes multitudes a pesar de la prohibición de la Iglesia⁹⁵. En pueblos y aldeas a lo largo de la región, seguidores de la francmasonería y el pensamiento teosófico denunciaban el matrimonio institucional y expresaban desdén por los valores e instituciones tradicionales. Esta cultura opositora se nutría a través de publicaciones impresas locales, clubes sociales, sociedades secretas y conspiraciones armadas verdaderas e imaginarias, como ha mostrado vívidamente Gonzalo Sánchez⁹⁶.

Tal resistencia multifacética a las pretensiones hegemónicas tanto de los hacendados como del Estado conservador, como también de sus colaboradores del clero, tuvo consecuencias importantes para el gobierno de élite en el Alto Magdalena. Seguramente las tradiciones del liberalismo popular habían recibido una renovada vitalidad determinada en la confluencia de los conflictos políticos y sociales después de la Guerra de los Mil Días, ayudando significativamente a desgastar el poder y la autoridad de los hacendados cafeteros en la región. Este proceso tendió los cimientos para el alzamiento de los peones y arrendatarios a finales de la década de 1920 y durante la de 1930, conduciendo finalmente a un agrarismo revolucionario de pleno aliento en la región a mediados de siglo.

Retiro de la hegemonía

Los hacendados del Alto Magdalena afrontaron importantes obstáculos estructurales, políticos y culturales a su predominio sobre la sociedad colombiana

en las tres de décadas anteriores a la Gran Depresión. Pero también estaban limitados por su propia incapacidad y renuencia para imaginar un espacio destinado a la mayoría de sus siervos colombianos en el «festín de la civilización». Un mando efectivo y perdurable depende de la capacidad, como sugería Rousseau, de «transformar la fuerza en derecho, y la obediencia en deber»⁹⁷. Aunque el logro de la hegemonía ha implicado históricamente la consolidación de recursos institucionales y económicos, incluyendo la capacidad de coacción, se necesita aún más para gobernar efectivamente. Los grupos dominantes han buscado por lo general articular una visión social que comprenda y supuestamente represente los valores y las prácticas de la gran mayoría de la gente en sus sociedades, tanto miembros de la élite como subalternos. A lo largo de la historia, el estado incompleto o la fragilidad de tal visión han contribuido a la pugnacidad que va formándose dentro de las sociedades, ocasionalmente la rebelión abierta y, más raramente, las transformaciones revolucionarias fundamentales.

Los comerciantes terratenientes que emprendieron importantes reformas culturales, políticas y económicas y buscaron estrechar los nexos del país con la economía mundial durante las décadas de mediados del siglo XIX habían articulado un ideal tan amplio para la sociedad colombiana⁹⁸. Su optimismo se asentó en tres temas principales. Primero, la nación, definida en términos de la participación de ciudadanos libres e iguales en un conjunto de instituciones republicanas, podría brindar el marco político dentro del cual lograr la modernidad. Segundo, la sociabilidad requerida para la ciudadanía en tal régimen parlamentario sería generada por la libre, y sin obstáculos, operación del mercado. Salvador Camacho Roldán, en su informe del Ministerio de Hacienda en 1872, acentuaba la importancia crucial del espíritu de «asociación... que el compromiso espontáneo, natural y libre de las personas es el resultado del funcionamiento natural de las leyes básicas de organización humana»⁹⁹. Finalmente, a su vez, este eterno forcejeo de intereses y deseos individuales desataría los recursos productivos de la sociedad. De este modo se garantizarían seguros y

⁹⁴ *El Liberal*, diciembre 16 de 1912.

⁹⁵ Véanse los *Annual Reports of the Board of Foreign Missions of the Presbyterian Church in the United States of America*, Nueva York, 1903-1913.

⁹⁶ Gonzalo Sánchez, *Los «bolcheviques» del Líbano, Tolima*, Bogotá, 1976.

⁹⁷ Jean Jacques Rousseau, *The Social Contract*, traducción de Maurice Cranston, Londres, 1960, p. 52.

⁹⁸ Sobre esta visión liberal, véase Gerardo Molina, *Las ideas*

liberales en Colombia, 1849-1914, Bogotá 1973. Para conocer un interesante análisis de los límites y posibilidades de ese episodio de mediados de siglo, véase Marco Palacios, «La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica», *Revista Mexicana de Sociología*, 42, 1980, pp. 1663-1691.

⁹⁹ «Estudios sobre la hacienda pública. Fragmentos de la Memoria de hacienda presentada al congreso de 1872», en Salvador Camacho Roldán, *Escritos varios*, Bogotá, 1885, 3, p. 234.

amplios retornos sobre la inversión de capital, se daría uso productivo a la tierra, y lo más importante, el trabajo de todas las clases sociales se convertiría en el principal garante del futuro de la nación.

Sin embargo, durante el primer tercio del siglo XX, el interés del hacendado mantenía poco del optimismo y la filosofía incluyente de sus antepasados liberales. Desde luego, había habido disidentes de la élite durante la era reformista desde la década de 1850 hasta la de 1870, tanto liberales como conservadores, que dudaban de que los mercados libres y una forma de gobierno incluyente pudieran promover la modernidad. En cambio proponían una visión mucho más paternalista, autoritaria y estatista que finalmente halló expresión en la Regeneración¹⁰⁰. A través de las décadas de 1880 y 1890, aun aquellos hacendados que permanecían en el partido liberal hallaron suficiente razón para apartarse de su optimismo anterior, a medida que la crisis económica, la inquietud social y los implacables conflictos partidistas desgarraban la nación. Y a pesar de las tres décadas de paz relativa y prosperidad después de la Guerra de los Mil Días, tal inquietud no cesaba. En sus oficinas de negocios, salones, clubes, reuniones de *lobby*, y en la administración de las haciendas, y en sus viajes frecuentes al extranjero, los hacendados volvían preventivo, temeroso e indescifrable y exclusivo el discurso liberal, limitando con ello su capacidad para constituir un ideal hegemónico para su sociedad¹⁰¹.

Como era previsible, el uso continuo de la retórica y los símbolos de la nacionalidad y la ciudadanía por este grupo de clase alta sonaba cada vez menos verdadero. Por un lado, como ha sugerido Eric

Hobsbawm, la creciente cosmopolitización de las élites tropicales en este periodo socavó su anterior compromiso con la nación-Estado como la esfera principal dentro de la cual puede lograrse el progreso¹⁰². Con la distinción entre los mundos «avanzado» y «atrasado» que ganaba terreno entre los miembros de una clase de hacendados que había viajado y había sido educada en el extranjero, llegaron a considerar al pueblo colombiano como un vehículo cada vez menos idóneo para alcanzar la modernidad. En este contexto, la incursión del racismo científico en la vida intelectual colombiana socavó el optimismo del ala liberal del patriciado republicano de mediados del siglo XIX. Su anterior ideal de las clases más bajas como plenos ciudadanos dio vía a una visión más sombría de un pueblo «entregado a vicios degradantes y lleno de tontas supersticiones»¹⁰³. ¿Cómo podría ser posible una democracia liberal entre aquellos «que tenían menor desarrollo espiritual porque son incapaces de apreciar las ventajas de la civilización y de determinar lo que es mejor para ellos»? Por consiguiente, esta gente necesitaba ser «orientada por personas que son más activas y ambiciosas que ellos»¹⁰⁴.

No se podía confiar necesariamente en que la clase media apoyara la visión de los hacendados de un «gobierno popular y democrático», como se denominó a sí misma la Unión Republicana¹⁰⁵. Los vicios sectarios de buena parte de la pequeña burguesía en la ciudad y en el campo se consideraron como obstáculo a un régimen constitucional estable. Los hacendados temían a la sensibilidad insurreccional entre los activistas de provincia cuyas tendencias liberales populares ellos consideraban como «jacobinas»¹⁰⁶. Pero las preocupaciones de que se

¹⁰⁰ Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, 1964, parte 2.

¹⁰¹ Uday S. Mehta, «Liberal Strategies of Exclusion», *Politics and Society*, 18, 1990, pp. 427-454, analiza «las específicas condiciones culturales y psicológicas» que son la base para el respaldo de las capacidades universales» dentro del pensamiento y la práctica liberal, usando como ejemplo la historia de la India del siglo XIX. Los límites sobre las perspectivas inclusionarias, liberativas y democráticas del pensamiento liberal pueden verse en el caso brasileño tan claramente analizadas por Emilia Viotti da Costa, *The Brazilian Empire: Myths and Realities*, Chicago, 1985, capítulo 3.

¹⁰² Eric Hobsbawm, *The Age of Empire, 1875-1914*, Nueva York, 1987, capítulo 1.

¹⁰³ Del Corral, *Op. cit.*, p. 11. El destacado médico bogotano Miguel Jiménez López, principal exponente de esta ideología racista en este periodo, escribió extensamente sobre esta cuestión, incluyendo *Nuestras razas decaen*, Bogotá, 1919, y *La inmigración amarilla*, Bogotá, 1923. Véanse también Gustavo Adolfo Solano, *Delincuencia en Colombia*,

Bogotá, 1923, y Andrés Marín, *Sociología criminal*, Bogotá, 1923.

¹⁰⁴ *Revista Nacional de Agricultura*, marzo de 1924, p. 285.

¹⁰⁵ Para conocer una precisa declaración sobre el programa de reforma política de los hacendados, véase «Manifiesto de la Unión Republicana, mayo 12, 1912», en Baudillo Bello, *Op. cit.*, anexo 4.

¹⁰⁶ Por ejemplo, los editores de *El Tiempo* invocaron «una política abierta y civilizada... Cualquier cosa en contrario es un suicidio para la República... Buscar el regreso a los viejos métodos y aforismos no sólo está *démodé*, sino algo más grave: es antipatriótico» (septiembre 2, 1916). Eduardo Rodríguez Piñeres, secretario de la Unión Republicana en su fundación, escribiría luego una historia de la crisis política de la década de 1890 y la Guerra de los Mil Días en la que tachaba a Uribe y a los liberales en guerra de «jacobinos» cuya rebelión caracterizó como «la aventura más riesgosa y absurda jamás emprendida en Colombia»; véase su *Diez años de política liberal, 1892-1902*, Bogotá, 1945, p. 128.

renovara la guerra civil apenas enmascaraban una inquietud más profunda sobre los intentos de movilización masiva por parte de Uribe Uribe antes de su asesinato en 1914. Las élites llenaron de oprobio a su adversario principal en esos años, y se referían irónicamente a él como «el Papa del liberalismo»¹⁰⁷. Finalmente a los empleados estatales y los políticos, provenientes muchos de ellos de una clase media creciente, se los consideró como los que habían corrompido la vida pública. El vocero de los hacendados Ortiz Williamson lamentaba en 1924 que las «vigorosas energías de nuestra juventud tengan que asfixiarse en la maleza tropical de nuestra burocracia soberana»¹⁰⁸.

Asimismo, los hacendados se apartaron de su anterior expectativa de que el mercado podría aleccionar a la gran mayoría de los colombianos sobre las vías de participación política responsable. El entusiasmo de Miguel Samper en 1861 en cuanto a que las crecidas exportaciones desde el Alto Magdalena convertirían a los colombianos en «ciudadanos del mundo» tenía ahora poca resonancia entre los grandes cultivadores¹⁰⁹. Por el contrario, después de la Guerra de los Mil Días, la imagen de las clases más bajas entre las élites del Alto Magdalena se condensó en la figura del machetero, un ebrio y violento veterano de la guerra civil, sin razón ni disciplina, y, según palabras de Jesús del Corral, demasiado susceptible a «levantarse en rebelión»¹¹⁰. Bajo estas circunstancias, el mercado pasó a considerarse no como un motor de sociabilidad que halaría a todas las clases sociales hacia el bien común, sino más bien como un campo de batalla. Así, la «asociación» llegó a transformarse de ligamento de la sociedad mediante el bálsamo del intercambio comercial, en un imperativo para la unidad de la clase más alta frente a las peligrosas órdenes inferiores. En respuesta, las élites tuvieron necesidad de hacer a un lado sus diferencias partidistas y cerrar filas en la Unión Republicana, la SAC y agrupaciones similares. Se exigía una posición militar en la vida cotidiana, como la sugerida en el

llamado de Jesús del Corral a los hacendados a «alistarse para el combate». Esta nueva sensibilidad elitista apareció también en los nuevos métodos de enseñanza de la juventud de la clase más alta, que resaltaba la fortaleza, resistencia y disciplina mental¹¹¹. En suma, esta visión hobbesiana del mercado negaba que el interés personal benigno buscado por todos los ciudadanos pudiera garantizar el orden y el progreso.

Finalmente, los hacendados ya no consideraron el trabajo como un terreno común para los colombianos. Los hacendados celebraron su fundación de las grandes haciendas durante la segunda mitad del siglo XIX en el valle del Alto Magdalena. Habiendo arriesgado supuestamente su fortuna, su salud, sus seres amados, y aun su propia vida en una lucha titánica por superar la naturaleza en el trópico, estos ejemplares «trabajadores de los cálidos campos» se felicitaban por haber dado un nuevo curso a la



¹⁰⁷ *El Tiempo*, enero 26 de 1912.

¹⁰⁸ *Revista Nacional de Agricultura*, marzo de 1924, p. 285.

¹⁰⁹ Miguel Samper, *La miseria en Bogotá* [1867], Bogotá, 1969, p. 126.

¹¹⁰ Del Corral, *Op. cit.*, 6. La excitación e inquietud con respecto a la supuesta proclividad de la clase baja hacia la violencia era evidente en el ensayo de un veterano guerrillero de la Guerra de los Mil Días, Nicolás Jiménez, donde más de mil espectadores vinieron a observar las actuaciones contra el denominado *hombre-fiera* acusado de varios homicidios; véase *El Tiempo*, abril 16-junio 22, 1918.

¹¹¹ «Educación física», 219. Un ejemplo impresionante de la institucionalización de estos valores fue el Gimnasio Moderno, un colegio de élite fundado en 1914 cuyos programas de enseñanza mezclaban viejo valores patrios de responsabilidad social y paternalismo con una nueva sensibilidad que enfatizaba la disciplina física e intelectual. Dos ensayos introductorios a los escritos de quien fuera director del colegio durante largo tiempo, Tomás Rueda Vargas, ilustran vivamente el ethos del colegio; véanse Alfonso López Michelsen, «Prólogo un la obra de Tomás Rueda Vargas», y Eduardo Carranza, «Obra de Don Tomás Rueda Vargas», en *La sabana y otros escritos de sí mismo*, Bogotá, 1977, pp. xiii-lxii.

nación¹¹². Pero en su opinión, la mayoría de los demás colombianos difícilmente podrían estar a la altura. Nuevamente, los hacendados consideraron a los burócratas y políticos de clase media, cada vez más numerosos, como los parásitos que se alimentan de los principales productores de riqueza, específicamente ellos mismos. A diferencia de las haciendas, donde se forjaban hombres de acción, «la sedentaria vida de las oficinas» promovía la dispepsia, la obesidad y la neurastenia en vez del vigor, la energía y la disciplina necesarios para lograr prosperidad económica en el mundo moderno¹¹³. Ellos no se ahorraron comentarios sobre otros sectores de la élite, ya que criticaban a sus propios parientes y antiguos aliados entre la aristocracia tradicional de las tierras altas por perpetuar ese «antiguo feudalismo español, sumamente lesivo y aplastante para las clases inferiores»¹¹⁴. Pero de todas maneras, las «clases inferiores» difícilmente podrían proporcionar las bases para una sociedad productiva. Los hacendados simplemente encontraron que era imposible imaginar a los solteros, enfermos, violentos y ebrios peones y arrendatarios de sus plantaciones en las filas de la república de «campesinos» y «trabajadores», nombres con los que los propietarios de haciendas del Alto Magdalena se referían a sí mismos.

Aunque el nuevo libreto oligárquico del liberalismo seguramente resultó inadecuado para las tareas de la hegemonía, no hubo a mano ninguna alternativa viable para los empresarios de exportación a gran escala del centro de Colombia después del cambio de siglo. En la parte occidental del país, las élites de

terratenientes comerciantes, financistas e industriales elaboraron un mito social potencialmente más incluyente basado en los pequeños propietarios cafeteros que eran supuestamente virtuosos y autónomos¹¹⁵. Pero esta mezcla de nostalgia agraria, catolicismo social y métodos modernos de gerencia parecen haber tenido poca atracción para los hacendados asediados. Además, durante la década de 1920 las facciones que buscaban «modernizar» el liberalismo mediante una mayor atención a los problemas sociales y a la intervención del Estado en la economía provocaron inquietud y resentimiento entre los grandes cultivadores¹¹⁶. Finalmente, las élites del Alto Magdalena no podían apoyar una ideología reaccionaria plenamente desarrollada en un molde catoniano¹¹⁷. Su cosmopolitismo abierto y su aversión hacia la acción política de masas se interpusieron en el camino de un agrarismo virulento y nacionalista que podía haber sido dirigido por ellos mismos y apoyado por considerables seguidores de clases media y baja, especialmente en el campo.

Durante la Gran Depresión y sus resultados, las consecuencias de estos históricos límites sobre el poder y la autoridad de los hacendados en épocas más tempranas del siglo llegarían a ser trágicamente evidentes. Mientras los sectores modernizantes de la clase alta colombiana conducidos por Alfonso López Pumarejo emprendieron, aunque tentativamente, una importante reestructuración económica, social y política a mediados de la década de 1930, los grandes cultivadores se resistieron¹¹⁸. En alianza con otros grupos de la élite contra cualquier despla-

¹¹² Medardo Rivas, *Los trabajadores de la tierra caliente* [1899], Bogotá, 1983, es un collage de anécdotas de la Colombia del siglo XIX en cuanto a la política, las guerras civiles, la poesía, y detalladas descripciones de las bonanzas del tabaco, el índigo y el café; el libro se convirtió en piedra angular de esta narrativa histórica sobre las haciendas.

¹¹³ «Educación física», p. 219.

¹¹⁴ Del Corral, *Op. cit.*, p. 6.

¹¹⁵ Alberto Mayor Mora, *Ética, trabajo, y productividad en Antioquia*, 2a. edición, Bogotá, 1985; Charles Bergquist, *Labor in Latin America*, Stanford, 1986, pp. 277-279; y Mary Jean Roldán, «Genesis and Evolution of La Violencia in Antioquia, Colombia (1900-1953)», Tesis de Ph. D., Harvard University, 1992, parte 2.

¹¹⁶ José Fernando Ocampo, *Colombia siglo XX: estudio histórico y antología política*, Bogotá, 1980, parte 2, analiza los elementos de modernización en el partido liberal antes de 1930.

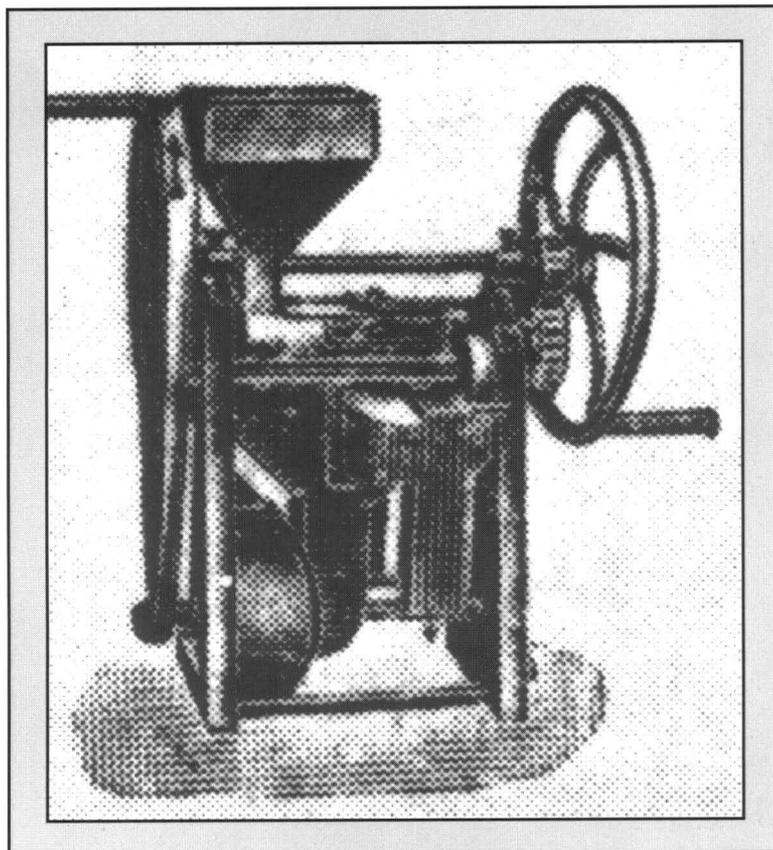
¹¹⁷ Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of Modern*

World, Boston, 1966, definió el catonismo como una «mitología de la clase alta sobre los campesinos... la crítica de la democracia de masas, las nociones de la autoridad legítima y la importancia de la costumbre, la oposición al poder de riqueza y a la sola pericia técnica», p. 495. Para ver un interesante contraste con una élite agraria en Europa Central que desarrolló una respuesta catonista a presiones parecidas a las experimentadas por los hacendados cafeteros colombianos, véanse Shelley Baranowski, «Continuity and Contingency: Agrarian Elites, Conservative Institutions, and East Elbia in Modern German History», *Social History*, 12, 1987, pp. 285-308; y Hans Rosenberg, «The Pseudo-democratization of the Junker Class», en George Iggers, compilador, *The Social History of Politics: Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945*, Dover, New Hampshire, 1985, pp. 81-112.

¹¹⁸ Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia, 1930-1945*, Bogotá, 1987, vol. 1, capítulo 2; Alvaro Tirado Mejía, *La revolución en marcha: aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, 1934-1938*, 2 vols., Medellín, 1986; y Michael F. Jiménez, «Social Crisis and Agrarian Politics in Colombia, 1930-1946», tesis de magister, Stanford University, 1971, capítulo 5.

zamiento del poder hacia la clase obrera o la clase media, su estrategia presenta muchas similitudes con lo que David Rock ha llamado una «restauración oligárquica» en referencia a la *concordancia* argentina durante esos mismos años¹¹⁹. La exitosa contención de la reforma desde mediados de la década de 1930 y durante la de 1940 envalentonó la reacción derechista que condujo en parte a la horrenda revuelta social y política de mediados del siglo conocida como «la Violencia»¹²⁰. Al final, la hegemonía fracturada de

los hacendados cafeteros del Alto Magdalena no tuvo como su legado una democracia burguesa pluralista, un régimen populista ni un orden oligárquico estable sostenido o no por las Fuerzas Armadas. En cambio, la debilidad ideológica, política y económica de los hacendados en esta república cafetera andina antes de 1930 ayudó a introducir las consecutivas y violentas confrontaciones al poder, los acomodamientos de la élite y los intensos conflictos sociales del pasado reciente de Colombia. ○



¹¹⁹ David Rock, *Argentina 1516-1982: From Spanish Colonization to the Falklands War*, Berkeley, 1985, capítulo 6.

¹²⁰ Gonzalo Sánchez, «The Violence: An Interpretative Synthesis», en Charles Bergquist, Ricardo Peñaranda, y Gonzalo Sánchez, compiladores, *Violence in Colombia: The Contemporary Crisis in Historical Perspective*, Wilmington, Delaware, 1992, brinda una excelente descripción de este

fenómeno. Un reciente estudio de Eduardo Sáenz Rovner, *La ofensiva empresarial: industriales, políticos, y violencia en los años 40 en Colombia* (Bogotá, 1992), presenta un retrato riguroso de la comunidad de negocios y de su rol en la reestructuración económica de mediados del siglo en medio de la extendida violencia política y la represión de los trabajadores.